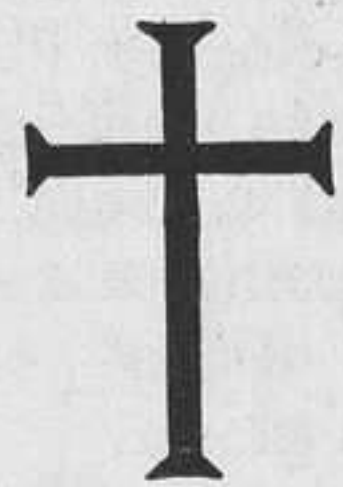




Año II

BARCELONA, 15 DE MARZO DE 1884.

Núm. 20



Á LA MEMORIA

de nuestro querido compañero

Director literario de LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER

DON NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA

fallecido en Barcelona el 8 del corriente.

Ingenio esclarecido que logró conquistarse desde el aislamiento de su modestia y sencillez, lugar preeminente entre los cultivadores de las letras patrias; escritor intencionado y correcto, profundo conocedor del idioma de Cervantes á cuyas obras dedicó especial estudio, artista por temperamento y hasta por consanguinidad, ha bajado al sepulcro en edad temprana aún, y cuando asociado con fe entusiasta á la empresa por nosotros acometida la ofrecía el valioso concurso de su profunda convicción y elevada inteligencia.

LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER viste hoy luto por la pérdida irreparable de su ilustre colaborador, y al consagrar en la primera página de este número el honroso tributo debido á su memoria, cree expresar con mayor elocuencia de la que pudieran prestarla las palabras, la alta estima en que tiene el recuerdo de sus dotes eminentes.

Descanse en paz nuestro querido amigo y goce, en el mundo mejor donde mora su espíritu, eterna bienaventuranza.

SUMARIO.

TEXTO.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: Carolina Cepeda, por V. M.—EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS, por J. C.—REVISTA MADRILEÑA, por Doña Josefa Pujol de Collado.—LA REINA MARAHU, por L. R.—REVISTA DE BARCELONA, por Doña Dolores Monserdá de Maciá.—FLAQUEZAS DE ELLOS, UN HOMBRE POLÍTICO, por D. J. Valero de Tornos.—AL ECO, por Doña Julia Aseñi.—APUNTES PARA LA HISTORIA DE LOS ESTUDIOS MÉDICOS DE LA MUJER, por la Doctora M. O. Prujanskaya, de Moscon (conclusión).—LA MUJER RUSA EN EL SIGLO XVII, por Airi-Vank, (continuación).—MISCELÁNEA.

GRABADOS.—RECUERDO DE ITALIA, cuadro de A. Echlter.—ASPECTO INTERIOR DE UN SERRALLO EN TÚNEZ, cuadro de Luis Hans Titcher.—LA REINA MARAHU.—LA HEROÍNA DEL CASTILLO DE SZIGETH, cuadro de Jeran Weber.

GALERÍA DE MUJERES NOTABLES.

CAROLINA CEPEDA.



SEGÚN hemos advertido á nuestras suscriptoras, hasta hoy no nos ha sido posible darlas á conocer el original del retrato que les presentamos en nuestro número 17. Obligada la señora Cepeda á dejar esta ciudad para cumplir sus compromisos en París, la precipitación de su marcha la impidió darnos los apuntes que nos prometió remitir á tiempo para formar su biografía; pero su aparición en la escena del teatro de la Ópera italiana, en compañía de Gayarre, ha sido un verdadero acontecimiento que á la vez de aumentar el interés que inspira la eminente artista con los nuevos laureles que ha compartido con el inimitable tenor, ha ocasionado sin duda la demora en cumplimos su promesa.

Esta distinguida cantante es una de las celebridades españolas que dejarán inscrito su nombre en los anales gloriosos del teatro filarmónico moderno á la envidiable altura en que se hallan los de las más renombradas *divas* de otras naciones y en particular de la fecunda Italia.

Una figura interesante, expresiva, simpática; elegancia en el porte y distinción en las maneras, fueron cualidades y atractivos que desde su juventud acompañaron á sus felices disposiciones para la música, de que dió tales y tan inequívocas pruebas, que muy luego pudo presentarse ante el público, dando principio á su carrera lírica en el teatro de Palma de Mallorca.

La acogida entusiasta que aquel público la dispuso hizo eco en los primeros teatros de la península y el Sr. Diestro la contrató para el de Valencia en donde comenzó á brillar su nombre, y á resonar en el extranjero, de donde se le brindaron convenientes contratos.

Después de cantar con éxito completo en Suecia y Dinamarca, trasladose á América en donde permaneció unos dos años ensalzada y festejada por el público en los teatros Imperial del Brasil, principal de Lima, Santiago de Chile, Valparaíso y Solís de Montevideo.

La extraordinaria facilidad que Carolina Cepeda posee para cantar tanto en el género llamado de gracia como en el dramático, efecto de la extremada y notable flexibilidad de su voz, la hicieron alcanzar triunfos y laureles así en el *Barbero*, *Sonámbula* y *Don Pascual*, como en la *Norma*, *Lucrecia*, *Roberto* y los *Hugonotes*.

La serie de sus brillantes triunfos en el nuevo mundo, necesitaba consolidarse en Europa.

Con este objeto regresó la artista á la madre patria, llegando al teatro Real de Madrid ya al fin de la temporada. Allí hizo su aparición en *Norma*, en compañía de Tamberlick y Selva. El público ansioso de juzgar por sí mismo á su reputada compatriota la oyó entusiasmado colmándola de aplausos. Hasta el próximo fin de aquella temporada, cantó en la *Traviata* y la parte de reina en el estreno de la ópera *Ruy-Blas*.

Desde Madrid salió Carolina para Italia, presentándose por primera vez en aquel país clásico del arte, en el teatro de Milán, en donde cantó el *Fausto*

con un éxito tan completo que los principales empresarios italianos se disputaron la contrata de la notable prima donna. En el teatro Comunal de Bolonia y en el Regio de Turín recogió los laureles comenzados á florecer en Milán.

El nombre y la reputación artística de Carolina Cepeda quedaron consolidados y sus sueños de gloria tocaban la realidad.

En el teatro Imperial de Varsovia, causó furor en el público oyéndola cantar los *Hugonotes* y *Aida*, y quedó contratada en el mismo para la próxima temporada.

Su fama hizo que la llamara el municipio de Parma para tomar parte en la solemne fiesta que preparaba en honor de Verdi, cantando en la misa dirigida por el célebre maestro Faccio y ante el Rey actual entonces príncipe Umberto y su esposa Margarita.

¿Seguiremos detallando los triunfos de nuestra ilustre compatriota? Basta decir que son tantos como óperas ha cantado. Barcelona la conoce y la aprecia en su justo valor. Bilbao, Sevilla y Lisboa la han aplaudido y el teatro Imperial de San Petersburgo llegó á considerarla necesaria, contratándola varias temporadas consecutivas.

Después de Rusia, la obtuvo el teatro Covent-Garden de Londres en el que hizo su aparición con la *Lucrecia*, y los ingleses la aplaudieron frenéticamente elevándola á la altura de la Grisi y la Titiens, desde cuyo tiempo no se había cantado aquella ópera. Los periódicos publicaron su retrato y biografía y dieron gracias al empresario Mr. Gye por la adquisición de tan eminente artista, el cual la contrató para la siguiente temporada, en la que alternó con Adelina Patti, añadiendo á su repertorio *Le nozze de Figaro*, *Tanhauser*, y *D. Giovanni*.

Al presente los elogios de la prensa parisiense, confirman cuanto más pudiéramos añadir para demostrar la celebridad de Carolina Casanova á quien conocemos por el apellido Cepeda, de su esposo y á la vez su maestro y al cual por lo tanto corresponde también parte de su gloria.

V. M.

EXPLICACIÓN DE GRABADOS.

RECUERDO DE ITALIA.

CUADRO DE A. ECHTLER.

LA caridad, esa célica virtud que recomienda el Evangelio como una de las más santas, lleva en sí la recompensa para aquel que desinteresadamente la practica. Un gozo inexplicable, una plácida satisfacción interior, una alegría incomprensible se disfruta cuando la mano deposita en la del menesteroso el óbolo que coadyuva á sacarle de su aflictiva situación. Pero esos placeres, puros como todo lo que separado de lo terrenal se funda en los sentimientos de nuestra alma, son más completos cuando la caridad se ejerce desde lejos sin que el infeliz socorrido vea la mano que protege su desgracia sinó los efectos de la dádiva ofrecida con tanta nobleza como desinterés. Gózase entonces de un placer tal que bien dijo el novelista Paul de Kok cuando tituló su sencilla narración *El verdadero modo de divertirse*, que es sólo el ejercicio de la caridad.

Así es que principalmente el bello sexo que es todo sentimiento, disfruta no sólo al ejercerla sinó también con cualquier relación ó pintura que con ella se relacione. ¿Cuánto lienzo no se ha pintado sobre este asunto?

Uno de los mejores es el que reproducimos hoy debido al pincel del inspirado artista A. Echlter, quien impresionado en su viaje á Italia por la simpática escena que recuerda en el cuadro, la ejecutó con verdadera maestría.

Agradable parece á primera vista el asunto; unas palomas rodeando á una pobre niña; pero ¡cuán sentimental una vez profundizado! La niña mendiga que vive sólo de la caridad, la desheredada de la sociedad, reparte un trozo del pan con que ha de alimentarse entre las cariñosas avecillas que vuelan presurosas, así que la divisan, á formar su cortejo.

Apoyada en la marmórea pilastra de rico y antiguo palacio sus amigas la cercan presurosas pretendiendo con afán posarse en sus hombros y brazos para recoger la caridad que ella recibe á su vez de manos más opulentas. ¡Qué contraste entre la riqueza representada por la mansión en que descansa la mendiga y el cariño de las aves que viven á expensas de una pobre huérfana desamparada! El cuadro está trazado

de mano maestra con riqueza en los detalles y corresponde á la elevada idea que lo inspiró.

ASPECTO INTERIOR DE UN SERRALLO EN TÚNEZ.

CUADRO DE LUÍS HANS TITCHER.

HASTA sólo la rápida inspección del precioso grabado que reproducimos, para notar la inmensa valla que existe entre la mujer cristiana y la del Alcorán.

La cristiana, la compañera del hombre, su consuelo, esperanza y consejera, la madre que educa cariñosa á sus hijos inspirándoles la fe y el valor para soportar las luchas del mundo; esa puede dar su faz al mundo, puede circular libremente por la sociedad y las vías públicas mostrando altivamente su rostro sereno.

La odalisca, la mujer que no es libre, considerada como una mercadería comprada por su esposo, la que pasa su vida en la molición y entre los perfumes y la música, esa que permanece en el interior del edificio sepultada entre la opulencia, no da frutos intelectuales al mundo, es igual hoy que siglos anteriores sin avanzar jamás un paso que le permita salir de su abyección.

Nuestro grabado representa el momento en que el señor entra en el patio del serrallo: sus mujeres le esperan con la indiferencia de la costumbre y de la falta de cariño, y sus hijos no se apresuran á correr al encuentro del padre que grave y majestuoso parece penetrar más en extraña mansión que en el santuario del amor.

El lujo oriental de los pórticos contrasta con la parte exterior del edificio, sombría y triste, como la vida árabe que es puramente interior y que priva completamente la comunicación externa, de que es prueba evidente el negro eunuco que con su alfanje guarda la puerta que da acceso al serrallo.

Por lo demás cuanto detalle fútil necesita la fantasía de una odalisca está representado en el cuadro con entera verdad y poética exactitud.

LA HEROÍNA DEL CASTILLO DE SZIGETH.

EL conde Nicolás Zrinyi habitaba con su esposa el castillo de Szigeth en Hungría. A mediados del año 1566, Solimán con su fuerte ejército turco se dirigió á posesionarse de aquella fortaleza. El conde resolvió defenderla á toda costa, poniendo en juego precipitadamente todos los medios de que podía disponer para rechazar á tan formidable enemigo, aunque sin esperanza de salir victorioso con el escaso número de defensores con que contaba. Presentía por el contrario una derrota, pero decidió vender cara su vida y sobre todo la de su querida esposa: de acuerdo con ella y para hacer estéril y funesto el triunfo de los turcos, resolvieron en último caso prender fuego al polvorín del castillo, para que la muerte alcanzara igualmente á los invasores. Después de un sitio que duró cuatro semanas y en el que perecieron como 20,000 turcos, el conde, herido mortalmente, y sin contar más que con pocos leales, aconsejóles reunirse para forzar la salida del castillo, á lo que se preparaban llevando consigo al conde y la condesa. Pero este último recurso no pudo llevarse á efecto, pues al amanecer del día 7 de setiembre, los turcos consiguieron dar el asalto logrando penetrar en el castillo que instantáneamente invadieron, considerándose señores y determinados á pasar á cuchillo á los pocos valientes que le habían defendido, causándoles tantas pérdidas. Del grupo que aquellos formaban y al ver espirar á su querido esposo, salió desalentada la condesa, siendo una antorcha y corriendo perseguida por algunos turcos hacia el depósito de la pólvora. Ya creían sus perseguidores darla alcance, sin comprender cuanto les hubiera convenido conseguirlo, cuando un relámpago deslumbrador, seguidó del más horrible estampido, conmovió por un instante todas las gruesas paredes del castillo que un momento después no era más que informes ruinas entre las cuales hallaron su tumba cuantos millares de personas se encontraban en él. Esta última escena ha inspirado al pintor húngaro Jeran Weber el magnífico cuadro que tan al vivo representa á la condesa de Zrinyi, heroína de tan espantoso episodio, que es considerado como una de las glorias de su país, también recordada en la magnífica tragedia de Körner.

REVISTA MADRILEÑA.



SIEMPRE el rudo contraste de la vida! eternamente la risa junto al llanto, el dolor sirviendo de importuno acompañante á los sucesos prósperos que celebra la humanidad en varias de sus múltiples manifestaciones.

Cuando en los círculos literarios y aristocráticos no se habla más que de la recepción del duque de Villahermosa en la Academia Española, justa recompensa ofrecida al ilustre literato y discreto traductor latino por la primera de nuestras corporaciones literarias, otro escritor, de mérito también, si bien en esfera más modesta moviéndose, oscurecida la divina luz de la razón, sembraba la desolación y el espanto en el seno de su amante familia. Nos referimos al señor Campo Arana, escritor distinguido á quien la desgracia persigue con una constancia abrumadora, y cuya curación sólo la esperan sus amigos, de la ciencia alienista.

La noticia es tristemente cierta. Campo Arana, á imitación de otros muchos escritores, con el exceso del trabajo mental, ha acabado de desorganizar su naturaleza moral, las ideas no han hallado el natural valladar de la razón, y en revuelto caos, en vez de producir la luz, han llenado de sombras su cerebro enfermo. Y es que en España la carrera del escritor es una carrera sembrada de espinas, de abrojos, de miserias. Se trabaja mucho, se lucha más, y se recoge poco. ¡Ay del que siente germinar en su interior esa facultad creadora que le impulsa á prodigar su luz sobre las muchedumbres! Se consagra en absoluto á su ideal, á la realización de su pensamiento convergen todas sus facultades, vive sólo la vida activa, febril del espíritu, y al final del agitado interregno, con el corazón lleno de desengaños, en desequilibrio funesto sus facultades, amenudo tropieza con una casa de locos, ó con un hospital, nunca con la soñada recompensa, con la gratitud de esa humanidad antojadiza y voluble, á la cual consagró todos sus afanes.

Esto precisamente ha pasado á Campo Arana, cuya desgracia produjo penosa impresión en el círculo bastante numeroso de sus buenos amigos. Todos desean al distinguido escritor pronta y feliz curación.

La Memoria sobre la poesía dramática debida á la galana pluma de don Jacinto Octavio Picón y leída há pocos dias en el Ateneo, ha sido recibida con aplauso por todos los amantes de la buena literatura.

La idea que palpita en el fondo de la Memoria ha encontrado muchos é ilustres impugnadores, pero como nosotros, al relatar brevemente los más culminantes sucesos de la última quincena, no tenemos espacio para extendernos en consideraciones referentes al arte y á la belleza escénica, diremos tan sólo, que la originalidad de los conceptos, la perfecta forma de que se vieron revestidos y el talento que distingue al señor Octavio Picón, se puso una vez más de relieve en la noche á que hacemos referencia, conquistándole espontáneos y merecidos aplausos.

Otro triunfo femenino tiene que registrar nuestra crónica madrileña, y lo hacemos con gusto, porque viene en apoyo de nuestras convicciones y responde al ideal que sustenta nuestra publicación.

Nos referimos al debut de la señorita Fons en el Teatro Real. La primera alumna premiada del Conservatorio ha alcanzado un éxito brillantísimo, completo. Posee una voz de timbre agradable, de regular volumen, afinada como pocas y que desde luego cautiva al público sin esfuerzo. Es muy joven la señorita Fons, tanto, que apenas cuenta 17 años, pero no sólo los inteligentes auguraron envidiable porvenir á su hermosa voz, susceptible, como es natural, de mayor perfeccionamiento, sinó que también apreciaron en su justo valor el aplomo, la soltura, con que se presentó en las tablas de nuestro primer teatro lirico.

El *Barbero de Sevilla* fué la ópera elegida para su debut, é hizo la aventajada alumna del Conservatorio, una *Rosina* admirable, el público la aplaudió con frenesí y la llamó al final varias veces al palco escénico, en compañía del maestro Incenga y el eminente tenor Massini.

La señorita Fons es, pues, una nueva estrella que aparece en el sereno cielo del arte, y su aparición

justifica una vez más cuanto se puede esperar del bello sexo, dándole esmerada instrucción, suficiente á secundar el desarrollo de sus notables facultades.

El tema de todas las conversaciones madrileñas en los momentos que escribimos estas líneas, son los sermones del padre Mon. No nos ha sido posible, por nuestras muchas ocupaciones, oír en el Sagrado Corazón al docto jesuita, así es que sólo tocaremos de un modo ligero, muy ligero la cuestión del día.

El padre Mon ha estado severísimo en sus últimos sermones contra las costumbres mundanas y los devaneos de Carnaval, tanto, que su voz severa y firme, debía resonar como un remordimiento en el corazón de muchas aristocráticas devotas.

Y con todo, nada más justo, nada más lógico, que la religión, hermana siempre de la moral, condene los locos devaneos, en los cuales la aturdida humanidad halla abrumadora fatiga para el cuerpo y ninguna compensación el alma.

Al sabio jesuita, de su reciente campaña contra los desvanos del siglo, quizá podrá culpársele por su vehemencia en querer corregirlos, nunca por la idea que germinara en su fondo! y téngase por entendido, que al consignar esta apreciación, prescindimos de juzgar el modo y forma en que se hizo la corrección, porque como hemos consignado ya, no tuvimos el gusto de oír la elocuente palabra del padre Mon.

Nada más podemos decir sobre este asunto que actualmente es objeto en la corte de tantas controversias y animados comentarios.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 8 marzo 1884.

LA REINA MARAHU.



Los periódicos de París insertan multitud de detalles sobre la llegada de la reina de Taití á dicha capital, y dan varias noticias relativas á su persona y á la isla que constituye su reino.

La isla de Taití, en la Polinesia, forma parte del archipiélago del mismo nombre y es uno de los países más fértiles y admirables de la tierra. Cruzada por multitud de ríos que mantienen en el llano un fresco delicioso, gozando de un clima admirable en que no se conocen fríos ni calor excesivos, Taití es un verdadero paraíso terrenal y ha merecido el título de moderna Citea que, sin duda, se justifica por las licenciosas costumbres de sus habitantes.

La isla de Taití, que se halla desde 1843 bajo el protectorado de Francia, está hoy administrada con toda regularidad, dotada de consejos electivos, de escuelas, etc., y sometida á la autoridad constitucional de un rey ó reina que siempre se apellidan Pomaré.

Los progresos de la administración taitiana, explican los adelantos realizados en los trajes de los insulares.

En 1843, el almirante Dupetit-Thouars trajo á su esposa un collar de coral y al regalárselo le dijo:

—Aquí tienes el vestido de gala de una señora de Taití.

La reina Marahu, á su llegada á París, llevaba el traje siguiente: falda de casimir azul, cubierta de un largo abrigo de seda y un sombrero de terciopelo negro y granate.

Hay mucha diferencia de este traje al collar de hace 40 años, y la abuela de la reina Marahu lanzaría una estrepitosa carcajada si viera á su nieta vestida por el último figurín.

La alimentación adoptada por la reina desde su llegada á Francia no se parece tampoco en nada al *fei*, plato nacional de los taitianos, pues come con gusto ostras de Marennes, lenguado, pollos á la tártara, cangrejos y otros manjares europeos.

En una cuestión discrepan, sin embargo, los periódicos, no estando todos acordes respecto al físico de la reina Marahu. Mientras unos afirman que S. M. taitiana es encantadora y posee admirables ojos negros, otros, menos aduladores, aseguran que la reina anda como un hombre y que su rostro tiene una expresión dura y desagradable. Al ofrecer su retrato, en la última plana, dejamos que dilucide esta cuestión el gusto de nuestras favorecedoras.

Muchos no se explican la causa de que los noticieros al hablar de la misma persona emitan tan contrarios pareceres; pero un detalle de la llegada de la

reina, perdido en el fondo de una reseña, explica la razón del hecho.

Todo el mundo sabe que la plaga de los poderosos de la tierra cuando van de viaje, consiste en la turba de curiosos y oradores que acuden á recibirles para dispararles interminables y pesados discursos.

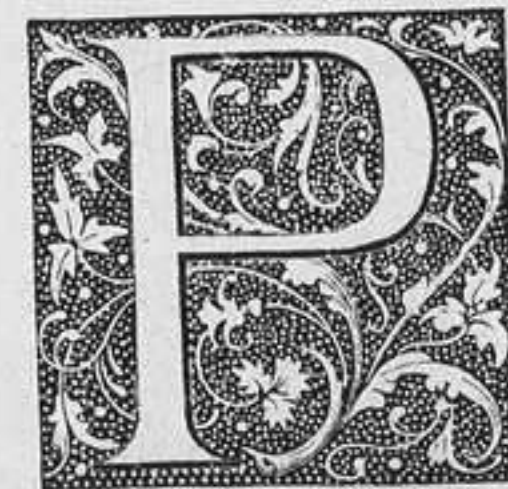
Se comprende perfectamente que en Taití la reina Marahu no pueda dar un paso sin verse obsequiada con alocuciones oficiales de todo género; pero tenía derecho á esperar que al llegar á Francia, en donde su idioma es desconocido en absoluto, estaría libre de las manifestaciones del género indicado. Sin embargo, no ha sucedido así. Se ha encontrado en París con un viejo taitiano que galantemente la salió á esperar al andén de la estación y le dirigió un *speech* en la lengua de su país.

La reina al ver aquel paisano suyo, á quien no esperaba encontrar, no pudo ocultar su disgusto.

El objeto de su viaje es pedir al gobierno francés aumento de su pensión anual, cosa muy puesta en razón atendido el aumento de gastos en su presupuesto desde que ricas telas han reemplazado á su antiguo traje, cuya sencillez llegaba hasta el punto de componerse no más que de un collar de coral.

El colono inglés, de Australia, Mr. Salmon es el padre de la reina; y su madre Arutaímai, gobernadora del distrito de Papará y de las más ilustres familias taitianas. Su educación se completó en Sidney en donde residió durante tres años aprendiendo á tocar el piano, algo de violín, el baile y la lengua inglesa. Al regreso á su isla estudió el francés y muy joven se unió al príncipe Arüané, hijo mayor y heredero de la anciana reina Pomaré. Este matrimonio no fué feliz. Pareció arreglarse cuando Arüané ocupó el trono bajo el nombre de Pomaré V, pero bien pronto volvió á desunirse; y aún cuando la reina aparece en las ceremonias oficiales, vive comunemente retirada en una casa particular en Paperse, cerca del palacio real.—L. R.

REVISTA DE BARCELONA.



BOQUÍSIMA amenidad han de tener hoy nuestros ligeros apuntes sobre la nombrada Exposición Parés, pues que todos los periódicos se han ocupado de ella; sin embargo, así por cumplir, aunque con tardanza, con nuestro deber, como por si á alguna de nuestras amables lectoras le hubiesen pasado desapercibidas las revistas que sobre dicha Exposición han publicado los periódicos diarios, vamos á decir dos palabras sobre ella.

Gracias al señor Parés y al señor Serrahima propietario del local, Barcelona cuenta con un salón de grandes dimensiones, iluminado con perfecto acierto y magníficamente decorado, produciendo en el friso bellísimo efecto los medallones con los bustos de celebrados artistas. En la parte exterior y vestíbulo, se hallan expuestos en grandes escaparates, preciosas láminas, copias de los cuadros más notables, y gran número de preciosidades del arte sumptuario. Por lo dicho se comprenderá que el local es digno del movimiento artístico de nuestra capital. Las obras han sido dirigidas por el joven arquitecto señor Oliveras, que ha llenado brillantemente su cometido.

La Exposición que nos ocupa es la que ha alcanzado mayor número de obras de valía, de cuantas hasta hoy se habían organizado en Barcelona, y los jóvenes que se dedican á las Bellas Artes han podido, sin salir de la tierra natal, saborear la belleza de las concepciones de la *crème* de los pintores españoles.

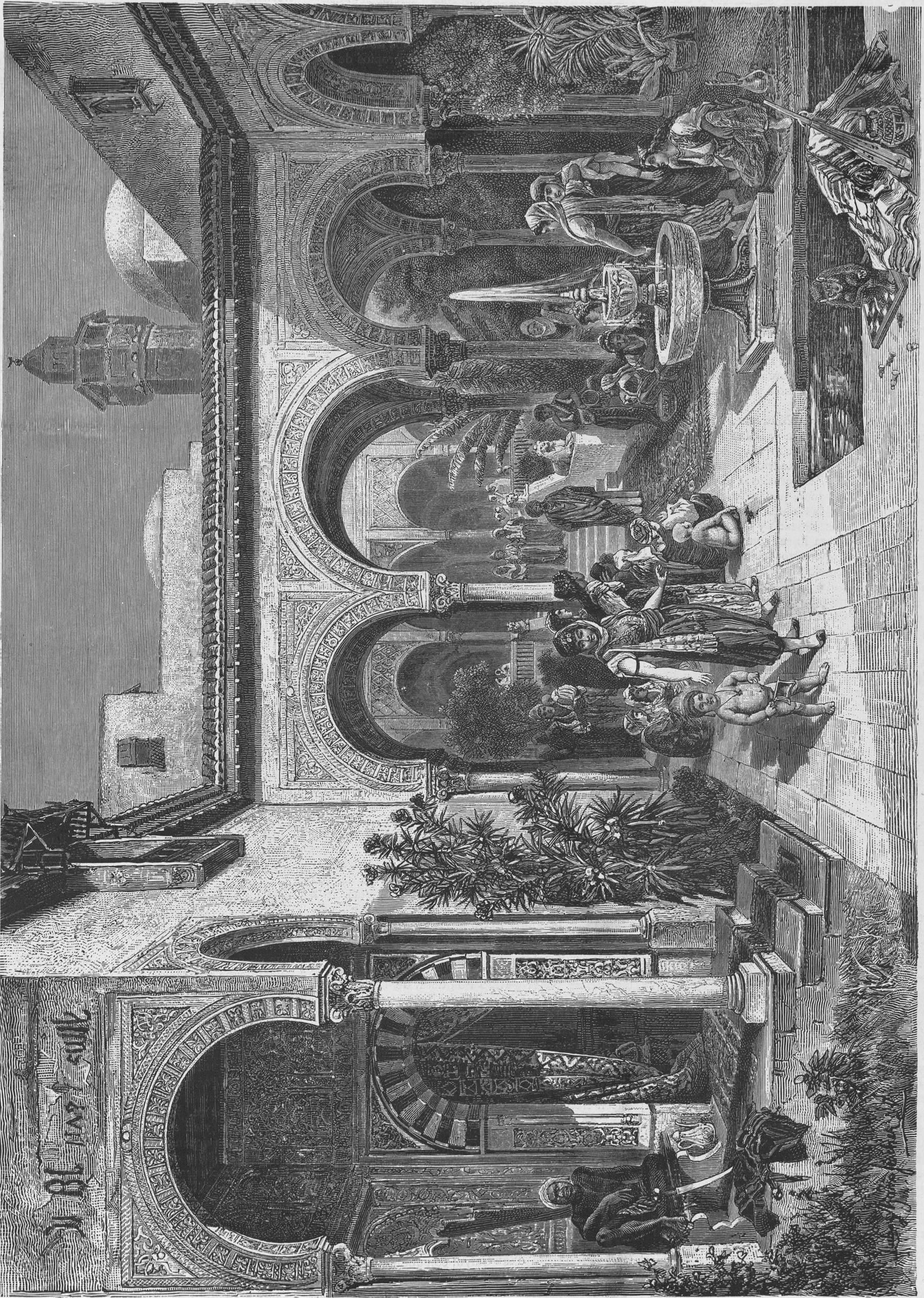
No nos proponemos hacer una crítica de los lienzos expuestos, porque ni nos contamos con méritos para ello, ni disponemos del espacio necesario, pero no por esto renunciamos hablar de la impresión que nos ha causado.

En nuestro humilde concepto, gran parte de nuestros pintores se preocupa más de la *factura*, que del pensamiento ó asunto de sus cuadros. Así es que, aun cuando los ojos se deleiten con la corrección del dibujo, brillantez del colorido y artística composición, ni el cerebro ha de afanarse en pensar, ni el corazón en sentir, y teniendo la pintura, como todas las Bellas Artes, el maravilloso poder de elevar el espíritu, no lo alcanza, porque su impresión no traspasa más allá de la pequenísima órbita de nuestros ojos.

Entre el gran número de pintores que han ex-



RECUERDO DE ITALIA, (cuadro de A. Echtler.)



ASPECTO INTERIOR DE UN SERRALLO EN TÚNEZ, (cuadro de Luis Hans Titcher.)

puesto sus obras, creemos que sólo dos se han propuesto hacer pensar al público, y el brillante lugar que se han conquistado, prueba su acierto y que el adelanto de nuestro siglo exige al pintor algo más que composición, dibujo y colorido.

Así lo han estimado Villegas y Tusquets, y sus cuadros *Unos tanto y otros tan poco* y *La muerte de Sisara*, han causado verdadera sensación. A la triste luz del crepúsculo, un sepulturero se prepara á enterrar un pobre en la fosa común, en tanto que á su derecha, entre dos hileras de frondosos árboles, avanza el lujoso entierro de un hombre rico; tal es el moral pensamiento del cuadro de Villegas, maravillosamente ejecutado.

La muerte de Sisara, asunto tomado del antiguo Testamento, representa á Jahel enseñando á Barach el cadáver de Sisara muerto por ella. La impresión que produce este cuadro, es profundísima. La composición está tratada con novedad, las figuras llenas de expresión y vida, los accesorios magistrales, la entonación simpática.

Satisfecho puede estar Tusquets de su arrogante concepción.

En la pintura de género descuellan en primera línea, Ribera con su bien acabadísimo cuadro *Salida del baile*, y Galofre con sus brillantes *Regatas*, *Costas de Amalfi* y Marina, como en la sección de retratos Caba y Masriera, por su corrección de dibujo y vida el primero y por su elegancia y distinción el segundo.

Las obras de los señores Miravent, Tapiró, Fabrés, Más, Casanova, E. Serra y Baixeras, comparan la admiración del público con las de paisaje de los señores Masriera don Francisco, Morera, Vayreda, Armet y Marqués. Sentimos que el poco espacio de que podemos disponer, nos prive de ocuparnos de gran número de las obras expuestas con la extensión que habríamos deseado y que aún cuando no sobresalgan en primera línea, como las de los señores mencionados, no por esto dejan de tener estimables cualidades y contribuir al conjunto y brillantez de la Exposición, que no dudamos en augurar será un nuevo elemento para que nuestros pintores puedan exponer dignamente sus obras, al propio tiempo que facilitar su venta.

Apenas abierto el nuevo local, el primer pensamiento de los artistas ha sido para los pobres, y á su beneficio se han dado en dicha Exposición tres brillantes veladas musicales, en las que se han rifado valiosos lotes consistentes, en un rico espejo en el que don José Masriera ha pintado con la maestría que le es propia una banda de mariposas; una sombrilla con un precioso ramo de flores, obra de don Francisco Masriera; una cartera de escritorio por el señor Tusquets; un abanico por el Sr. Llovera; una paleta por el señor Armet; dos estatuas por los señores Vallmitjana y Atché y algunos otros que no recordamos. Los artistas, con un desprendimiento que les honra sobre manera, han ejecutado dichos trabajos en obsequio á los pobres, como asimismo tomó parte en las veladas, el reputado pianista señor Vidiella, ejecutando admirablemente *Impromptu*, de Schubert, *Pavana*, de Albeniz, *Sonata*, de Beethoven, *Campanella*, de List y otras varias obras clásicas. La Sra. Granville, distinguida artista del gran teatro del Liceo, el Sr. Vidal, primer bajo del mismo, la señorita María Luisa Guerra, Sr. Armet y Ricart y Sr. Daniel tomaron también parte en las mismas, recibiendo calurosos aplausos del público y contribuyendo con su mérito á esta obra de Beneficencia.

El furor de bailes y asaltos ha durado hasta á últimos del carnaval, y si en éste, durante los tres días de jolgorio público, nada ha habido, nada digno de mención, por haber decaído notablemente en nuestra ciudad en donde algunos años atrás había alcanzado justo renombre, sucede todo lo contrario relativamente á reuniones particulares.

La noche del 14 del pasado febrero, los señores Boada dieron un magnífico baile en sus salones de la calle de Mendizábal, en el que bien puede decirse que se dieron cita la belleza y la elegancia. Vestía de raso granate la señora de la casa D.^a Josefa Romeu de Boada, de terciopelo negro D.^a Leonor Vendrell de Casasa, Coca de Feliu, Manet de Massana, Castells, Bastinos y Nin; de raso y encajes las Sras. González, Montells y Torres. Vestían de raso blanco, las Sras. Dolores Boada, Montells Rosita, Cuspinera, Ferrer, Torres, Castells y Poudevida; de raso azul, las Sras. Laura Pompido, Teresita Montells, Lidia Planas, Murillo y González; de rosa, Teresita Pompido, Massana, Planas, Ubach, Massó y Nonell. Im-

posible es recordar en este instante el traje y nombre de gran número de señoras y señoritas que, elegantemente envueltas en rasos, gasas y terciopelos, asistieron á dicha fiesta y que, con las arriba citadas, contribuyeron con su gracia y hermosura á la brillantez de la misma. La Sra. de Boada hizo los honores de la casa con la amabilidad y delicadeza propios de tan distinguida dama.

A las doce se obsequió á los invitados con un espléndido *lunch*, servido por la conocida casa del señor Batllori.

El 21 del mismo mes, la coincidencia de darse en la misma noche baile en casa de los Sres. Moxó y en la de los Sres. de Nadal, puso en gran apuro á la aristocrática sociedad barcelonesa, cual conflicto resolvieron los más animados, pasando media noche en cada uno. Que los dos estuvieron brillantísimos no hay que decirlo.

La Sra. Artós de Nadal lucía elegante traje blanco; Angulo, negro con adornos de terciopelo granate; Nadal, Marquillas y Salvador, negro con azabache y encajes; Cabirol, encarnado; Vidal y Ribas, *crème* y Oriol de Sentmanat, negro. Las Sras. Despujol, raso rosa; Barraquer, Goitissolo, Vidal y Ribas, Juvé y Freixa, blanco; Villavechias, *crème* y Chaves y Solá, rosa.

Los Sres. de Nadal obsequiaron á sus amigos con una espléndida cena.

En el baile de los Sres. de Moxó, vestían de blanco las Sras. de Ciutadilla de Moxó, Moxó de Sabadell y de Marianau; Moxó de Sarriera, azul; duquesa de Solferino, rosa y cuerpo de terciopelo negro; marquesa de Castellbell, rosa; de Ciutadilla, lila; Jové y Serra y viuda de Samá *crème*; Torrents, terciopelo negro; Corominas de Torrents, rosa; Ferrer de Vidal y Ribas, morado; Fabra, lila, y condesa de Solterre y Clarós, negro. Entre las solteras vestían de blanco las Sras. Concha Moxó, Sarriera, Magarola, Milans, Golferichs, Fonollar, Fontcuberta, Vidal y Ribas, Castells y Calcimilla; azul, las Sras. Mercedes de Moxó, Vilallonga, Fontcuberta y Torrents, y rosa, las Sras. Joaquina de Moxó, Casaña, Fabra, Montobio y Ferrater.

Durante la noche se sirvió á los invitados después de cada baile, helados, pastas, dulces, thé, vino y ponche.

Después de gran número de representaciones afortunadas, ha cerrado sus puertas el gran teatro del Liceo, para abrirlas en la temporada de Pascua, para la que se anuncia al celebrado tenor Sr. Massini.

El teatro Principal está de enhorabuena con la compañía italiana de Ernesto Rossi, conocido y estimado de nuestro público, por haber trabajado en anteriores temporadas en nuestra condal ciudad. Una distinguida concurrencia asiste á dichas funciones, prodigando á tan eminente actor los aplausos que merece el talento, maestría y verdad, con que ejecuta las obras de su repertorio.

En el Circo, sigue proporcionando buenas entradas á la empresa la compañía de ópera de la que forman parte las aplaudidas cantantes Sras. Ella Russell y Vázquez, habiéndose cantado con lisonjero éxito *Dinorah* y *Lucia di Lammermoor*.

En Romea continúan con grande aplauso las representaciones de *Judith de Welph*, anunciándose para la próxima semana una obra nueva de los reputados Sres. Soler y Martí Folguera, de la que daremos cuenta en nuestra próxima Revista.

En el teatro del Tivoli se ha estrenado con muy lisonjero éxito una *Revista de Barcelona*, de los conocidos literatos Sres. Coca y Verdú. La obra está salpicada de agudos chistes, es amena y por lo tanto entretiene agradablemente al público. Se han dado de ella 15 representaciones, obteniendo llenos, que hacen creer se sostendrá muy larga temporada.

DOLORES MONSERDÁ DE MACIÀ.

Barcelona 10 marzo 1884.

FLAQUEZAS DE ELLOS.

UN HOMBRE POLÍTICO.



LORGE Calvo, con abundante pelo negro, barba corrida, chaleco de color de garbanzo, chaquet con Carteras, chato, con quevedos, pantalón claro y bota de chanclo amarillo; porque fué en cierta ocasión diputado provincial allá en su provincia, por cierto de tercera clase (la provincia no

el diputado) y porque más tarde fué Jefe de Fomento en una limitrofe, se cree hombre político; creencia á que no contribuyen poco algunos de sus conocimientos, más ignorantes todavía que él, que le escuchan como un oráculo, cuando en el café de la Luna diserta sobre materias políticas.

Estos hombres políticos, que como Jorge lo son de vigésima fila, nunca dicen los conservadores y los liberales, sinó *nosotros*; ó ustedes cuando se dirigen al adversario.

Son socios del círculo del partido y asisten con puntualidad todos los días, á cambiar sus impresiones con los correligionarios.

Al Jefe, no le han visto nunca en privado; aunque les ha recibido formando parte de distintas comisiones.

Leen y meditan el periódico órgano oficial de la agrupación.

Pero donde su importancia crece y sube de punto, es en el café; sobre todo si la suerte les depara en la misma mesa un adversario por su estilo.

Entonces la discusión llega al paroxismo y hay aquello de

—Las primeras elecciones las hacen VV. y Dios quiera que el retraimiento que vendrá, no sea prólogo de algo. *Nosotros*, somos monárquicos de verdad y no tenemos un pié en la revolución y otro en palacio; si hacemos las elecciones será para garantizar las instituciones.

Práxedes me ha dicho (uno de los interlocutores es Riojano, y todos los Riojanos cuando hablan de Sagasta, dicen Práxedes) que los únicos que vemos clara la situación de Europa, somos nosotros; y así se lo ha dicho Bismark á Vega Armijo.

—Ya se lo dirán á VV. de misas el día que nuestro D. Antonio vuelva al poder, que no tardará.

—Calle V., hombre, están VV. locos; el traer á D. Antonio sería una provocación al país, que lo que quiere es progresar y afianzar sus libertades.

—Nosotros no somos reaccionarios, queremos *mejorar conservando*.

Al llegar aquí Jorge, que ha acabado de engullir media tostada de abajo, sopándola (*sic*) en un vaso de café con leche, saca un número del periódico del partido y se propone leer el artículo de fondo.

Un *violón* de Apolo, (buen sugeto que no se mete en política porque le parece que hace bastante tocando su instrumento) protesta enérgicamente de la lectura, manifestando que aquel no es un círculo político, y que la policía se fija mucho en los que se dedican á la causa pública, añadiendo que no conviene hacer imprudencias.

Jorge se retira y se va al círculo.

Tropieza, al entrar, con un cesante de cierta categoría, un ex-gobernador de provincia, y con mucho misterio le indica que los ministeriales están con mucho miedo, y que la policía vigila los círculos donde se leen periódicos del partido.

El ex-gobernador, que no se hace ilusiones, y que sigue al partido porque no sabe hacer otra cosa que ser cesante ó empleado, y ahora no encuentra medio de venderse, hace como que se espanta de la noticia, lo que á Jorge, dada la importancia política que reconoce á su interlocutor, le llena de satisfacciones.

Por lo demás, Jorge es hombre político porque es tonto, y únicamente para que otros más tontos que él, crean que tiene una importancia de que él mismo sabe que carece; puesto que á cualquier cosa que hubiera dedicado su actividad, hubiera obtenido más provecho que en la política.

Efectivamente, cuando á fuerza de trabajos y aduaciones logró ser diputado provincial, ni siquiera figuró en la permanente; y de Jefe de Fomento, sólo estuvo siete meses, habiéndole declarado cesante los propios *amigos*, por exigencias del Diputado del Distrito.

Pero ya se ve, Jorge quiere ser hombre político á todo trance, y en el partido en que milita, siquiera le conocen dos docenas de personas, y ya ha sido *algo*, y va al círculo, y de resultados de todo esto, hay doscientos principalmente en su provincia, que cuando viene á Madrid, creen que viene á *algo*; y en Madrid hay otros ciento, que piensan que Jorge en su provincia puede servir de *algo*; y hasta un ex-director general, con quien Jorge ha logrado establecer relaciones en el círculo, le ha hecho indicaciones para que le preparase un distrito, y Jorge ha escrito algunas cartas á su pueblo en las que se ha presentado como el hombre de confianza del ex-director, y ha enseñado á este las contestaciones, y todo esto unido á su aire misterioso y á sus frecuentes viajes, le dan una posición política, de que está muy satisfecho.

Jorge es de los que se creen importantes, sólo con pensar que hay alguien que cree que lo son.

Es un hombre político que en su vida ha hecho nada en política.

¡Y pensar que la base de todos los partidos se compone de Jorges!

J. VALERO DE TORNOS.

AL ECO.

¿Quién eres tú, deidad desconocida,
que si te busco tímida te escondes,
y que á mi voz alegre ó conmovida
feliz ó melancólica respondes?

¿Eres la ninfa de Narciso amada
que va llorando por su amor perdido,
ó eres alguna diosa condenada
á vivir en las sombras del olvido?

¿Eres el hada que el espacio vago
cruza, y derrama el sueño en los mortales,
ó la ondina que reina bajo el lago
y canta en sus palacios de cristales?

Tu acento me complace y no me ofende
y piensa mi exaltada fantasía
que eres la diosa que la luz enciende
del sol que nace y muere con el día.

Más brillantes que el astro que los dora,
serán sin duda tus cabellos rubios
donde duerme la flor que abre la aurora
para que exhale mágicos efluvios.

Un luminoso tul de orlas movibles
debe haberte ceñido la fortuna,
tejido por artistas invisibles
con los pálidos rayos de la luna.

Tu voz se pierde en medio de los mares,
tu voz se escucha en la dormida tierra,
contestas al que pide que le ampare
y repites los gritos de la guerra.

Tu acento es un consuelo en la agonía,
el hombre va á morir y llama al hombre
y escucha con frenética alegría
qué hay otra voz que dice el mismo nombre.

El hombre tiene miedo, se halla solo,
habla para animarse, grita, canta,
tú le imitas también, hija de Eolo,
y al oírte la sombra no le espanta.

Tú copias el gorgojo de las aves,
tú lanzas el rugido de la fiera,
repites dulce los rumores suaves
del río que murmura en la pradera.

Tal vez en el sombrío cementerio
el triste acento de tu voz retumba,
y ese acento con lúgubre misterio
revela los secretos de la tumba.

Mas si es así, no dejes que en la tierra
por escucharte el hombre se despierte,
que él no sepa el arcano que se encierra
bajo el negro sudario de la muerte!

JULIA DE ASENSI.

APUNTES PARA LA HISTORIA

DE LOS

ESTUDIOS MÉDICOS DE LA MUJER

POR LA DOCTORA

M. P. PRUJANSKAYA, DE MOSCÚ.

(CONCLUSIÓN.)

Fijándonos en las comadronas, urge el preguntar de qué manera han adquirido sus conocimientos, y si existía para ellas algún establecimiento de enseñanza. Nada de esto había. Las primeras escuelas de profesoras en partos fundáronse en el centro de Europa á principios del siglo XVIII, debiendo hasta entonces las comadres aprender de los médicos; pero como estos médicos, en virtud de la costumbre, se hallaban privados de asistir partos normales y sólo raras veces fueron llamados, para los patológicos era imposible una enseñanza racional. Esto lo prueban mejor que todo los libros que escribían para las comadronas, en los que no se encuentra una sola idea original, y que ni como compilación tienen mérito. El primero que se imprimió, y parece fué el mejor, salió en 1513, compuesto por Rösslin á instigación de la duquesa Catalina Brunswic. No es extraño, pues, que las comadronas principiantas se dirigieran con preferencia á sus compañeras que, si estaban faltas en instrucción, eran ricas en experiencia y obtenían de ellas ciertas nociones preliminares, transmitiéndoseles al par preocupaciones arraigadas y métodos de tratamiento equivocados, de los que no podía librarse el entendimiento poco desarrollado de las aprendizas; con esto terminaba el período de preparación á la actividad obstétrica y

empezaba la práctica, siendo posible tan sólo á las más aprovechadas y en posición especial, como por ejemplo, Margarita Fuss, trasladarse á cualquier punto donde floreciera la obstetricia para completar su educación bajo la guía de médicos reputados. A pesar de estas condiciones desfavorables, las comadronas alemanas han dejado algunas obras muy recomendables por sus contemporáneos, y de las que una se menciona todavía hoy casi en cada tratado de obstetricia.

En Francia la instrucción regular de las comadronas empezó mucho antes, pues ya á principios del siglo XVII podían entrar en la escuela fundada para ellas en el Hôtel Dieu y trabajar bajo la guía de una comadrona de edad, elegida entre las mejores de París. En 1797 esta escuela fué separada del Hôtel Dieu, y existe desde entonces independiente como casa de maternidad. La enseñanza en esta escuela tenía y aún tiene fama de ejemplar, y hubo tiempo en que las alumnas, con razón, eran superiores á los médicos en cuanto á conocimientos en su especialidad, pues estudiaban las operaciones obstétricas más difíciles y se había de recurrir á los médicos tan sólo en los casos que exigía un tratamiento quirúrgico. Este estudio se cursaba en sólo tres meses. Aun el año de 1800 la célebre Boivin obtuvo la facultad de seguir instruyéndose en esta maternidad tan sólo por favor especial de la comadrona mayor Lachapelle. Esta limitación ciertamente no era favorable para la enseñanza; sin embargo, como era mejor que en ninguna otra parte, no tardó en dar buenos resultados; de las 27 comadronas que nos han dejado obras ó que han merecido el elogio de sus contemporáneos, 17 fueron francesas, y de las 6 cuyas obras tenían verdadera importancia científica y práctica, una sola fué alemana y las demás francesas. En cuanto á las 49 mujeres que sin ser comadronas se ocuparon en medicina práctica ó teóricamente, no he podido averiguar de qué modo se instruyeron; sólo con respecto á 2 he hallado la noticia que sus maridos, médicos expertos, fueron al mismo tiempo sus maestros; las otras evidentemente estudiaron y trabajaron por el método de Medea. Por lo demás, hay que excluir de este número á 5 mujeres que sin haber estudiado medicina y sin practicarla, se dedicaron á hacer propaganda en favor de la revacunación después de persuadirse de su utilidad.

Lo dicho acerca de la obstetricia puede aplicarse á todo el pasado médico de la mujer, que no ha sido halagüeño, y que sólo á costa de sacrificios y estudios prácticos ejecutados durante la vida llegaban á una edad ya avanzada á poder dominar algo la medicina, en la que tan conveniente es para el bello sexo paciente que entre de lleno á ejercer la mujer.

(Traducido directamente del ruso por el Dr. G. SENTIÑÓN)

LA MUJER RUSA EN EL SIGLO XVII

(CONCLUSIÓN.)

Una cancillería especial cuidaba del guardarropa de la reina, exceptuando la de uso diario, y en sus armarios guardábanse todas las prendas lujosas de la reina y de las princesas. La reina en persona visitaba los talleres examinando los trabajos; comenzaba por la ropa blanca y terminaba por los ricos bordados de terciopelo y el engaste de las piedras preciosas; muchas veces ella misma ejecutaba trabajos delicados para la iglesia en cumplimiento de votos. En este taller confeccionábanse los vestidos para la reina, princesas y damas de honor; construíanse los encargos del Czar y las vestiduras eclesiásticas. En épocas determinadas, la reina recibía los informes de la cancillería del lecho y las cuentas de sus administradores de fincas rústicas. Ocupaciones parecidas de taller eran las ordinarias de las señoras de Moscow, que buscaban en las labores una distracción y no un trabajo.

Mas las ocupaciones del obrador no satisfacían á la reina, que deseaba contemplar los espectáculos que no solamente atraen á las mujeres, sino á los mismos hombres, como la recepción de los embajadores extranjeros, que llevaban á veces regalos ultramarinos nunca vistos, las solemnes ceremonias eclesiásticas en fiestas extraordinarias, como la instalación ó el entierro de un patriarca ó arzobispo, las procesiones y bendiciones de ríos (jordanes), las comidas oficiales de palacio, las grandes revistas de tropas y las representaciones teatrales, á pesar de su

estado primitivo en aquella época. Como mujer, la reina no tenía derecho á presenciar públicamente estos espectáculos, por más que fuese natural su curiosidad, y por esto hubieron de discurrirse varios modos de satisfacer los deseos de la esposa-reina sin chocar á los súbditos. Para ella, las princesas y sus damas de honor, construyéronse miradores secretos desde donde, sin ser vistas, podían contemplar libremente todo lo que pasaba; á este objeto se hacía á veces dar vueltas y rodeos á los embajadores extranjeros antes de conducirlos á presencia del Czar.

El afán de sustraer las mujeres de la vista de los extraños llegaba hasta el extremo de que si por enfermedad grave de la reina se llamaba algún médico extranjero, se le introducía á oscuras en el aposento real, y sólo le permitían tocarla á través de una tela fina. En el caso de que hubiera de salir á visitar algún convento ó templo, la colocaban en coche cerrado, y si salía á pié la rodeaban de escudos de paño á modo de pantalla ó biombo para que la multitud no pudiera verla, á pesar de que la salida y entrada tenían lugar por la noche. La reina María se permitió á veces asistir públicamente á la Catedral de los Angeles cuando oficiaba el patriarca.

Pero la costumbre tradicional exigía que la reina ú otra señora principal fuesen acompañadas por numeroso séquito que las precedía y rodeaba; el séquito femenino de la reina acompañábala en sus viajes á distancia de Moscow á caballo y á horcajadas, siendo esto tan común que no llamaba la atención. En los días de conmemoración de los parientes difuntos la reina recorría á pié ó en carruaje las iglesias, capillas y conventos de Moscow, ó bien enviaba dinero para funerales. El 1.º de agosto, cuando el patriarca celebraba la solemne bendición de las aguas, la reina, siguiendo el ejemplo del Czar, tenía su Jordán especial, en el que se sumergía para lavar su cuerpo en el agua bendita.

Siguiendo los deberes de su rango, la reina tenía recepciones oficiales y particulares; las primeras verificábanse en el *Palacio de oro*, en presencia del Czar para Navidad, Carnaval, Pascua, los días de boda, nacimiento, bautizo y además á la instalación de los prelados. En la Semana Santa, las damas nobles venían á saludar á la reina, á felicitarle las fiestas y ofrecerle la torta de Pascua. Esta recepción la representaba el grabado que publicamos en el núm. 12. La misma clase de torta regalábase para Navidad. En Carnaval despedíanse no solamente las mujeres, sino también las autoridades políticas y eclesiásticas. El 8 de setiembre celebrábase el llamado «verano de las viejas». En este día el patriarca enviaba á las familias agua bendita, y el portador recibía un regalo en dinero. Las recepciones ordinarias verificábanse en las fiestas anuales de familia; en estos días las señoras forasteras presentábanse llamadas nominalmente, quedándose á comer, con cuyo motivo se disputaban la honra de la precedencia. Estas disputas cesaban al darse la orden de *sentarse sin prelación*, en cuyo caso lo hacían por antigüedad de relaciones y de parentesco, ocupando los primeros lugares los parientes del Czar, luego los de la reina, y viniendo después las señoras convidadas. En estas comidas la reina tenía su mesa particular, sirviéndola las damas de su corte á las que sólo en ocasiones extra-solemnes reemplazaban las demás de la nobleza. El único hombre que podía asistir á estos banquetes femeninos era el capellán de la reina. En los días ordinarios, el Czar comía muchas veces con su esposa y familia, sin presencia de ningún dignatario, y entonces nadie podía entrar en el comedor sin ser llamado. Cuando la reina había de dar audiencia á una extranjera distinguida, entonces todos los servicios cortesanos incumbían obligatoriamente á las señoras de la nobleza. Aquellos nobles y cortesanos que tenían acceso á las habitaciones de la reina se presentaban dando golpes con la frente y ofreciendo pasteles de felicitación que eran recibidos unas veces por la reina en persona y otras veces por sus damas.

Después de la comida, especialmente los días de fiesta y sobre todo en otoño é invierno, la reina se divertía en sus aposentos ó en una sala especial, tomando parte en los juegos una multitud de pobres niñas y huérfanas recogidas por caridad para casarlas después dándoles dote. Las diversiones consistían en columpios, montañas de Carnaval, juegos de Navidad y bailes, habiendo siempre entre las doncellas de la reina un número de *jugadoras* de profesión. Además había en la plantilla de cortesanos también algunos bufones, juglares, ciegos y enanos. Asimismo hay que mencionar entre los pasatiempos cortesanos, los juegos de cartas ó naipes, que se habían

introducido en Moscow bajo el reinado del primer Romanow, Miguel Teodárovich, padre del esposo de María Illinishma.

Las ocupaciones y diversiones de la reina, que acabamos de enumerar, eran también las de las señoras nobles de la época, sin otra modificación que la dependiente de los recursos de cada una y de su rango más ó menos elevado.

AIRI-VANK.

MISCELÁNEA.

La conocida escritora baronesa de Argeniere, ha inaugurado en Madrid el 8 del corriente, una interesante publicación con el título de *La Semana Literaria*, cuya tendencia viene á fortalecer los principios que sostiene nuestra ILUSTRACIÓN, no dudando que coadyuvará al triunfo que esperamos conseguir. Al corresponder al amistoso saludo que en su primer número dirige á la prensa española, reciba la distinguida publicista el testimonio de nuestro agradecimiento por la eficaz ayuda que preste á nuestras convicciones y el del sincero deseo de que alcance su publicación el éxito que merece. Copiamos el sumario de los artículos que contiene el número 1.º: *A la prensa española.—La*



LA REINA MARAHU.

prostitución tolerada, por la baronesa de Argeniere.—*El ramillete*, por Manuel Codorniu.—*Desilusión de un amante*, por Julia Codorniu.—*Una venganza*, por Vicente Aparicio.—*Amor y A la Srta. M. V.*, por Félix Gómez Pombo.—*Mi ineptitud*, por Antonio Ruiz.—*Lamentación*, por G. Pueyo.—*El paseo de melancólicos*, por Sebastián L. Arrojo.—*La verdadera dicha*, por José del Solar.—*¡Adiós!* por I. de T. y M.—*Viajar para instruirse*, por Manuel C. Matta, y *Cristina*, por Julia Codorniu.

La exposición parisién de *La Unión de pintoras y escultoras* abierta al público el 2 del corriente alcanza un nivel mucho más elevado que en los años anteriores. Las expositoras han aumentado, por lo que las felicitamos sinceramente.

Son notables sobre todo los envíos de Mademoiselle Breslau; las bellas acuarelas de madame D. de Cool; las marinas de Mlle. Villette; las esculturas de las Sras. Bertaux y Coutan; y por último los esmaltes variados y las pinturas en porcelana entre las cuales sobresale la de *Fiammetta*, de Mlle. M. Laurent-Desrieux.

BARCELONA:

Imp. de Luís Tasso, Arco del Teatro, núms. 21 y 23.

Reservados los derechos de propiedad literaria y artística.



LA HEROÍNA DEL CASTILLO DE SZIGETH, (cuadro de Jeran Weber.)



Correspondiente al núm. 20 de «La Ilustración de la Mujer»

Barcelona 15 de Marzo de 1884.

SUMARIO:

TEXTO: Revista de salones y modas, por Doña Josefa Pujol de Collado.— Explicación de los grabados.—Figurín iluminado.—Un recuerdo de mis viajes, por D.^a Esmeralda Cervantes.—A. Amalia, poesía por D. Carlos

Cano.—Los cuadros, por D. Cecilio Navarro.—El pecado de Magdalena, novela original de *** (Continuación).—Sección recreativa.

GRABADOS: 1, 2 y 3. Trajes de casa.—4. Traje con cuerpo á «paniers».—5 á 10. Peinados y adornos de cuerpo para trajes de soirée y de teatro.—11. Traje con peregrina de encaje.—12 y 13. Trajes de paseo.—14. Espalda del figu-

rin número 15.—15 á 18. Trajes de soirée y de teatro.—19. Plastrón chaleco móvil.—20 á 24.—Dos trajes de soirée.—25. Broche de oro y esmalte con camafeos.—26. Sombrero cazador de fieltro con dobles alas y moña de lazos de cinta.—27.—Traje de paseo.—28. Traje de paseo y visita.

FIGURÍN ILUMINADO.—Trajes de comida.

REVISTA DE SALONES Y MODAS.

FINALIZARON, mis adorables lectoras, los determinados días del año consagrados á las bromas carnalescas; finalizaron porque es ley humana que todo llegue á su terminación en la vida finita, deleznable y corta del hombre; pero si el Carnaval ha transcurrido frío, pálido, en nuestras calles y paseos, en cambio los salones particulares rebotaron encantadora animación hasta el domingo de Piñata.

Los amables condes del Asalto cerraron la serie de sus diversiones de Carnaval con una amenísima reunión en la cual predominaba el elemento joven, dignamente representado por las jóvenes de nuestra aristocracia apenas salidas del florido sendero de la inocente niñez. Según voluntad expresa de los dueños de la casa y como preparándose á los rigores de la severa Cuaresma, la reunión se disolvió á las doce en punto de la noche, y este fué motivo más que suficiente para que los invitados aprovecharan alegremente las tres horas, rápidas como minutos, que permanecieron en los elegantes salones de la calle de la Farmacia. Unos á otros se sucedieron con vertiginosa rapidez los walses, los rigodones y las polkas, dando luego todos buena cuenta del espléndido buffet, que compensaba per-

fectamente los rigores de los próximos ayunos. A esta reunión concurrieron la señora de Saave-

dra con su lindísima hija Isabel, la condesa de Berlanga con su preciosa Pilar, la condesa de Luna con sus dos bellas hijas, además la marquesa de Valdecañas, las condesas de San Rafael y Peñalver, y las señoras y señoritas de Luque, Rabago, Palacio, Díaz de Mendoza y Despujols.

Nuestro deber de cronistas nos obliga á consagrar por igual nuestra atención á los asuntos alegres y á los tristes; por eso á renglón seguido de habernos ocupado de la reunión de los condes del Asalto, debemos participar á nuestros lectores el fallecimiento del joven marqués de Aguiar, persona muy conocida y apreciada en los altos círculos madrileños.

Valiente militar, gallante caballero y amante esposo, su amable trato le había conquistado numerosas amistades, que hoy participan sinceramente del profundo pesar que agobia á la inconsolable viuda, á la cual enviamos nuestro sincero pésame.

Empiezan con el lucimiento y severidad acostumbrada, en las iglesias madrileñas, las pláticas propias de la Cuaresma.

Bellas y elegantes damas, orgullo y gala de cortesanos salones, sencillamente vestidas de negro, tapando á medias el lindo rostro con la airosa y española mantilla, acuden á la casa de Dios, deseosas de ahogar en su pecho con el eco de la palabra



1 2 y 3 —Trajes de casa.

divina el último y fugitivo recuerdo de las locuras de los pasados días.

Y así sucede en efecto; el ministro del Señor desde la cátedra del Espíritu Santo fulmina su anatema contra los locos devaneos humanos que apartan el alma de la contemplación misteriosa del infinito, y icuántas pecadoras elevando sus bellos ojos hacia el altar, harán en su interior firme propósito de enmienda! propósito que durará, hasta que, fuera del templo, el torbellino de la vida moderna vuelva á conducir por su antiguo, vicioso y acostumbrado cauce, la loca imaginación en pos de placeres, lágrimas y remordimientos para que resulte una verdad el brillante fantasma de la vida.

En la capilla de Palacio se ha celebrado con toda solemnidad la imposición de la ceniza, asistiendo SS. MM. y AA. con su brillante comitiva de grandes de España, gentiles-hombres y mayordomos de semana. El rey vestía de capitán general con Toison y banda de San Fernando, y la reina precioso traje de raso rosa, con adornos Pompadour y prendido de brillantes.

Sentáronse los monarcas en el estrado preparado al efecto ocupando á su derecha los sitiales acostumbrados, las infantas D.^a Isabel y D.^a Eulalia.

La infanta Isabel, con su elegancia de siempre, vestía traje celeste de raso y terciopelo brochado, y su augusta hermana las mismas telas con los colores rosa y gris.

Presentó la ceniza á la real familia el Patriarca de las Indias, haciendo lo propio con los príncipes de Baviera, que presenciaron la ceremonia desde la tribuna reservada.

* *

Es cierto que durante la Cuaresma y en atención á la solemne gravedad de esta época del año, impera casi en absoluto el traje negro, pero esto no excluye, mis bellas lectoras, la elegancia ni el gusto de los trajes. Como corriente general, há tiempo sabemos que la moda muestra especial predilección por los colores oscuros, en lo que á trajes de calle se refiere; pues bien, hoy en vestidos negros se hace un verdadero alarde de buen gusto. En lana, otomana, terciopelo y raso, hemos visto caprichosas combinaciones, entre ellas una preciosa, de terciopelo y faya negros. Formaba la falda por delante gracioso delantal de terciopelo con almenas á su terminación, volante plegado de faya debajo, *paniers* también de faya bastante cortos, chaqueta de terciopelo lisa con pasamanería, manga estrecha y *puf* no muy voluminoso, provisto de los correspondientes aceros, en concepto de ahuecadores.

El paño de Lyon es una tela riquísima para trajes de Semana Santa, propia para señora casada, y de irreprochable buen gusto.

Se llevarán mucho los cuerpos abiertos sobre chaleco, y los cuerpos de aldeta corta, adornados con pasamanería.

Próximos á ser abandonados los pesados abrigos, nos trae la primavera linda colección de manteletas, algunas de ellas de forma visita, enriquecidas todas con flecos y pasamanería, entendiéndose el fleco de felpa, que según todas las indicaciones, se halla destinado á sustituir en cierto modo á los encajes.

Describiremos, amadas lectoras, para terminar la presente revista, un traje de baile confeccionado con faya y velo religioso, de bellísimo efecto. Cubrían por completo la falda encajes blancos colocados en forma de volante, la túnica era de faya rosa pálido, el cuerpo de peto, rosa también adornado con encajes hacia el escote y hermoso collar de perlas le acompañaba, formando un conjunto tan fresco, risueño y juvenil, que guardaba admirable armonía con la temprana belleza á quien se hallaba destinado, ihermoso capullo trasplantado del apacible convento donde se abrigara en la aurora de su vida, para abrir sus perfumados pétalos en la enrarecida atmósfera cortesana!

¿Qué más os diré hoy de modas, queridas lectoras, cuando tan largos párrafos dediqué á esta materia en mi anterior revista?

Creo que con lo dicho basta, ya que con impaciencia esperamos que París, ese foco de la inventiva moderna, nos envíe los modelos que deben regir en la próxima primavera.

En espectación pues de lo nuevo, renunciarnos á extendernos en más pormenores respecto de lo antiguo.

JOSEFA PUJOL DE COLLADÓ.

Madrid 8 Marzo de 1884.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

1 2 y 3.—Trajes de casa.

1. Traje con delantal de Thé.—Se hace este delantal de *nansuk* ó de *foulard* crudo, guarnecido de dos volantes festoneados y bordados de encarnado: bolsillos y adornos de pecho del mismo género. Se lleva este delantal sobre un vestido de cachemir azul marino, de falda plegada y túnica drapeada en *puf* por detrás, y por delante en forma de delantal.

2. Traje de casa para señora.—Falda de raso color lino, adornada en el bajo por bullones separados por rulos de raso. Túnica princesa corta de terciopelo de realce color marrón, sobre fondo de raso gris; cae lisa por detrás recogiendo en delantal ondulado en la parte de arriba, solamente en la cadera izquierda. En el cuerpo por delante tres lazos de cinta de raso pasados por una anilla de plata. Cuello oficial con gola de encajes, lo mismo que las mangas.

3. Traje con delantal de Thé para señorita.—Delantal de *foulard* crudo sembrado de lunares rojos, con un ancho volante: peto *Bretón* formando charreteras y escotado en forma de corazón: el peto, los bolsillos y el volante, van adornados de un encaje crudo. El vestido es de lana con falda plegada, cuello y vuelta de mangas de terciopelo, gola de encaje como el vuelo de las mangas. Lazo de corbata de muselina de encaje.

4. Traje con cuerpo á «paniers».—Este traje, extremadamente gracioso y nuevo, se hace para teatro ó *soirée*. El plastrón de terciopelo es muy corto y deja pasar la camiseta de encaje fruncido y en el cuello se frunce por medio de una *rouche*. El cuerpo de terciopelo ú otomana, rayada de terciopelo, es abierto y guarnecido de una tira de plumas y cortado por delante bastante largo, para que se pueda drapear. Por detrás debe ser bastante ancho para que termine en un *puf* coquetamente recogido. Mangas guarnecidas de plumas.

5 á 10.—Peinados y adornos de cuerpo para trajes de *soirée* y de teatro.

5. Peinado adornado de flores.—Este peinado se hace de retorcidos levantados muy altos y sujetos por medio de elegantes horquillas. El pelo debe estar ondulado y levantado todo al rededor. Este peinado se completa por una rama de *orchides* color crema ligeramente rosadas, con hojas de terciopelo. Un ramo del mismo género puesto en el hombro derecho.

6. Peinado con castaña y cuerpo con escote en forma de corazón por detrás y por delante, guarnecido de riquísimo plegado de encaje.

7. Adorno de cabeza con plumas y flores.—Se pone en la cabeza y se prende con alfileres de fantasía este adorno, dispuesto sobre un tul de armar de 6 centímetros de largo, rodeado de una tira de terciopelo plegada con pliegues gruesos y cubierto todo con un ramo de rosas con capullos, hojas de terciopelo verde oscuro con dos plumas pequeñas del mismo color ro. que las flores. El cuello oficial de este traje, adornado de plumas, es en extremo gracioso y favorece mucho. Se hace sobre una tira de terciopelo marrón de 3 centímetros de ancho, que se ata por delante, y las plumas de un color oscuro van puestas por dentro, siendo un tono más claro en la punta.

8. Adorno de cabeza con plumas y cintas.—El grupo de plumas de este adorno tiene tres tonos rosa, con *sprit* muy pálido y atadas con un lazo de terciopelo de 2 centímetros de ancho formando un *puf* de cocas y algunas puntas cayendo. Este adorno se sostiene haciéndolo en un tul engomado y se prende en la cabeza por medio de alfileres de capricho.

9. Adorno de cabeza.—Este peinado se abre en la frente en dos *baudeous* ondulados, muy cortos y recogidos en torcido formando cocas por detrás. El cabello corto que va sobre la frente, lo mismo que el de la nuca, van rizados en bucles locos. Cuello de tul fuerte de 3 centímetros de largo, adornado con dos volantes de encaje fruncido que caen el uno sobre el otro, guarnecido de un *rouché* estrecho, de raso plegado. Este cuello se cierra por medio de un lazo estrecho.

10. Adorno de cabeza, de encaje.—El ala de este adorno tiene 3 centímetros de ancho y el fondo 40 centímetros de diámetro; sobre el ala va colocado un encaje crema de 5 centímetros de ancho, y el casco se cubre ó de terciopelo de realce ó de brocado, de 17 centímetros de ancho. Se bullona ligeramente todo al rededor y se coloca un ramito de rosas con hojas brillantes en el costado izquierdo sobre la guarnición de encaje.

11. Traje con peregrina de encaje.—En esta peregrina se emplean 2 metros de chantilly de 27 á 30 centímetros de ancho. Se pliega el encaje haciendo un pliegue ancho en medio de la espalda. Todo esto se hace sobre un fondo de tul engomado y se cose á un cuello alto de terciopelo color de melocotón y se abrocha por delante por medio de lazos de raso del mismo color. La chorrera del mismo encaje que adorna el delantero del cuerpo, exige 70 centímetros de encaje y se sujeta en la cintura con un lazo de terciopelo. En las mangas se emplean 50 centímetros de encaje y van adornadas de lazos.

12 y 13.—Trajes de paseo.

12. Traje con cuerpo-chaqueta.—La falda es de cachemira, cubierta de tres volantes altos con plegado ancho. El cuerpo-chaqueta se corta en punta de los dos delanteros, cuyos picos se abren por delante sobre una camiseta

plegada y sujeta al talle por un cinturón con broche de metal. Esta camiseta se construirá en *draperie* formando delantal por delante y recogida por medio de pliegues detrás por encima de las caderas.

13. Traje con redingot.—Este modelo muestra por delante un *redingot* de diagonal rojo burdeos, con realce *glacé* oscuro: guarnición de terciopelo rojo y forro de seda en la *redingot*. Falda plegada adornada de dos plegados finos y sobrepuesta una tira de terciopelo de 18 centímetros de ancho.

14. Espalda del figurín número 15.

15 á 18.—Trajes de *soirée* y de teatro.

15. Traje con túnica echarpe.—Falda corta de velo Virginia, cubierta de volantes fruncidos de 20 centímetros de ancho, adornados de tres tiras de terciopelos estrechos. La túnica es de gasa brochada y adornada por detrás con volantes, pero adornados de una aplicación de gasa con transparente de raso que hace resaltar las flores. Esta túnica echarpe es de un solo pedazo cortado á hilo, de 340 centímetros de largo y 75 de ancho. Por un costado una de las puntas va redondeada y drapeada sobre la falda por medio de pliegues; por el otro costado se diseña un ligero *panier boufante*. El cuerpo, un poco escotado, con *plastrón*, abrochado por dos hileras de botones y guarnecido de *fichú* drapeado que concluye en el lado derecho con un pequeño ramo. Lazos de terciopelo ó de raso para el drapeado de la túnica, lo mismo en las mangas que son medio largas.

16. Traje con cola larga.—Este elegantísimo traje de raso color cobre y costoso encaje de *chantilly*, se guarnece por delante con volantes fruncidos con cabeza, adornados en el bajo, lo mismo que los pliegues anchos de los costados con cinco ó seis jaretas. El volante tiene 26 centímetros de alto; el encaje que rodea la cola, puesto en transparente, tiene 12 centímetros de ancho. Esta cola se corta cuadrada, de 2 metros de larga: va de arriba á bajo con pliegues anchos sujetos de distancia en distancia y arreglados de manera que formen por detrás un *puf* bien sostenido. El cuerpo escotado en corazón por delante y por detrás, concluyendo en punta. Va adornado de *rouches* y encaje en el escote y en el borde de la chaqueta. El adorno de encaje que guarnece el hombro constituye la manga de encaje terminada por un volante. La *draperie*, en delantal por delante, concluye en los dos costados por detrás, sobre el gran plegado que forma el *puf*. Ramo de flores ó peineta de diamantes en la cabeza ó en el pecho.

17. Traje con rica draperie.—La falda y el cuerpo son de seda de un color claro: el encaje crema, y la *draperie* es de *tul* de un color que case con la seda. La falda termina con dos plegados de seda, sobre los cuales cae un volante de encaje, encima del cual van otros estrechos plegados y puestos en viés; la túnica, que es muy ancha y muy larga, termina por un plegado de *tul* de 12 á 15 centímetros de alto, recogido por pliegues y sujeto de distancia en distancia por ligeros ramitos de flores. Al rededor del escote, rica guirnalda de flores, sujeta en el hombro por un lazo de cinta: de las mismas flores adorno en la cabeza; guantes largos de encaje crema, que suben hasta el hombro; lindo abanico de plumas.

18. Traje con fichú.—Este traje, que favorece mucho á las jovencitas, se compone de una falda plegada de arriba á bajo, con un cuerpo blusa, ó si se quiere, ajustado, sujeto á la cintura con una cinta que sostiene el *fichú* de *tul*, plegado á lo largo, formando por detrás un cuello *peregrina* y guarnecido de un encaje, puesto en *coquille*: por delante este *fichú* se hace en dos partes, que van drapeadas en *paniers*, sobre la falda, y cuyos dos paños van mezclados de un lazo muy ancho de cinta, terminándose en *puf* por detrás. Mangas de farol y mitones largos de malla de seda.

19. Plastrón chaleco movable.—De terciopelo granate á picos, abierto sobre un *bouffant de surah pompadour* fondo crema. Cuello oficial de terciopelo granate con broche de plata: broche del mismo metal sujetando los dos lados del plastrón á la cintura. Estos plastrones, que son muy fáciles de hacer, son muy graciosos para trajes de teatro, concierto, comida, etc., y tienen el privilegio de hacer elegante el traje más sencillo.

20 y 21.—Dos trajes de *soirée*.

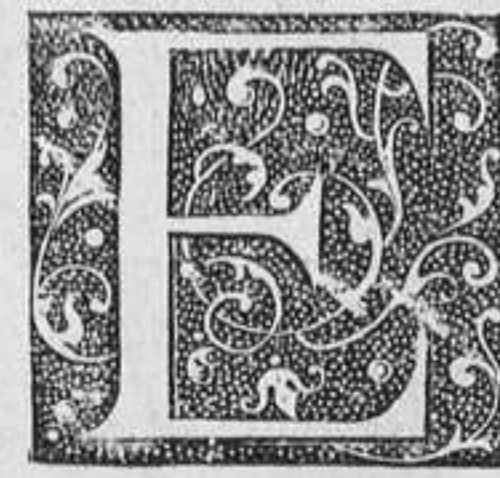
20. Traje con cola guarnecida de riquísimo encaje.—Este traje se hace de raso lo mismo de color claro que oscuro. El que nosotros damos es color amatista claro y se guarnece la falda, corta por delante, plegada con anchos pliegues. La primera parte de la cola tiene 150 centímetros de largo y 54 de ancho, y por en medio, cortada en cuadro, debe tener 266 centímetros de largo y 150 de ancho. Se recoge por medio de pliegues, sujetos con algunas puntadas que forman el *puf* por detrás en la parte superior. Un encaje crema, lo menos de 15 centímetros de ancho, va puesto sobre la tela de la cola, todo al rededor; dos plegados de raso amatista y oro viejo, van puestos en el borde. La *draperie* de delante va cortada en viés, llevando el mismo encaje y recogido en el costado izquierdo. Las mangas y la camiseta son de raso oro viejo bullonadas de alto á bajo: el cuerpo es con escote cuadrado y se adorna de un encaje todo al rededor. Ramo de flores en el pecho y en el peinado.

21. Traje con *puf* drapeado por detrás.—Este elegantísimo modelo se hace de faya y terciopelo bordado. La falda va guarnecida de volantes, cortados á picos, de 9 centímetros de alto y muy poco fruncidos, puestos muy cerca los unos de los otros. La falda va alternada de bullones y de banas de terciopelo bordado. Los *paniers*,



LOS CUADROS.

I.



L sol penetraba radiante por los vidrios de una ventana, iluminando el modesto estudio de un pintor en la calle de Atocha de Madrid.

Un velador cubierto con un tapete de bayeta verde y dos ó tres sillas viejas, componían todo el mueblaje, sin contar un caballete en que estribaba un boceto y una especie de trípode en que se veían pinceles y colores.

Había, sin embargo, dentro de tan pobre estancia un verdadero tesoro, que eso era, á no dudar, la colección de pinturas que adornaban los testeros, y entre las cuales sobresalía una por su ejecución y asunto.

Un joven de ancha frente, de ojos espléndidos, de color pálido, de expresión melancólica y de talle esbelto, aunque de traje mezquino, contemplaba los lienzos con sonrisa indefinible: podía ser expresión de un noble orgullo, ó un sarcasmo de despecho, ó los dos sentimientos confundidos en uno solo; confusión absurda, pero posible.

El joven se golpeó luego la frente dejando de mirar los cuadros y dijo con expresión dolorosa:

—¿De qué, de qué me sirve la inspiración que aquí arde si no vale al fin dinero?... ¡Oh dinero! te odio. Y, sin embargo, te busco. ¿Por qué, Dios mío, por qué necesita pan también la inspiración?

Y esto diciendo, Edmundo, que así se llamaba el pintor, se dejó caer sobre una silla hundiendo la cabeza entre las manos.

Largo espacio permaneció de este modo, inmóvil, mudo, abatido.

Luego levantó la cabeza mirando en dirección de la puerta.

El son duro y pausado de unos tacones nuevos anunciaba á un hombre vano.

De allí á poco se dejó ver el que era.

Era un personaje más que vano, orgulloso, cuya descripción no haremos nosotros por haberla hecho ya en uno de sus estudios filosóficos un escritor ilustre.

«La afectación de sus gestos y modales, dice, os presenta un hombre lleno de sí mismo, que procede con excesiva compostura como si temiera derramarse.»

Edmundo se levantó al momento y saliendo á recibirlo le hizo una profunda cortesía.

El otro no se la devolvió sin duda por no derramarse, como hombre tan lleno de sí mismo, ni habló tan siquiera una palabra hasta después de haber recorrido la estancia con la vista.

Entonces dijo:

—Soy el baron de la K.

—Muy señor mío, contestó el pintor urbanamente.

Y añadió:

—¿En qué puedo servir al señor barón?

—Se lo diré en pocas palabras. Ha venido de Italia á establecerse en esta corte la condesa... una condesa joven, muy aficionada á las bellas artes, y desea adornar su gabinete de estudio con escogidos cuadros. Quisiera yo sorprenderla con un obsequio digno de ella y de mí, y habiendo sabido en su mismo sarao que tiene V. en venta mercaderías de este género, vengo á verlas para comprarlas, si me gustan.

—A la vista están, contestó mortificado el artista indicándole sus obras.

—Quisiera asuntos adecuados á su carácter.

—No tengo el honor de conocerla.

—Naturalmente; pero la conozco yo muy bien y...

Vaya V. indicándome asuntos.

—Con mucho gusto, contestó con muy poco ya el artista, desconfiando del que pudiera tener el barón.

Y anunció el primero:

—Francesca di Rimini.

—No me gusta, dijo secamente el barón. Eso es muy vago; le falta colorido.

El artista se ruborizó hasta los ojos, y anunció otro asunto diciendo con voz tímida:

—María Magdalena.

—Menos, menos me gusta esta: no vengo yo por Magdalenas.

Edmundo palideció ahora y anunció otro cuadro con voz más desmayada.

—¡Tu quoque!

—Y eso ¿qué es?

—La muerte de César.

muy huecos, se cortan de 106 centímetros de largo y 46 de ancho. Nuestro modelo demuestra como se recoge el drapeado; con pliegues gruesos, sujetándolo á la cintura. El *puf* tiene 176 centímetros de largo y 104 de ancho y se recoge adornándolo con pedazos de terciopelo bordado. El cuerpo va adornado de una chorrera de terciopelo bordado. Cuello alto y vuelta de mangas de terciopelo liso.

22. Fichú de encajes y surah rosa.

23 y 24.—Trajes para niñas de 6 á 9 años.

23. Traje con blusa para niña.—Nuestro modelo, tan elegante como sencillo, se compone de una falda cogida á la cintura por medio de pliegues anchos: en el borde, un plegado estrecho. Cuerpo-blusa de cachimira granate. El cuerpo va adornado á pliegues, abotonado por delante: cuello vuelto y vueltas de mangas de felpa, y el cinturón, de felpa también, se forra de seda y tiene 4 centímetros de ancho, con hebilla de p'ata.

24. Traje blusa para niña de 6 años.—El delantero y la espalda de este traje, que es de felpa ó terciopelo, va adornado de pliegues de 3 centímetros. La falda tiene 20 centímetros de larga y va plegada todo alrededor y abotonada de arriba abajo. Cintura de raso, de cinta estrecha, alada al costado por un lazo y una hebilla. Cuello y vuelta de mangas bordados.

25. Broche de oro y esmalte con camafeos.

26. Sombrero cazador de fieltro con dobles alas y moña de lazos de cinta.

27. Traje de paseo.—Falda corta de raso compuesta de seis volantes pequeños tab'ados. Segunda falda de raso negro, cortada á picos agudos que dejen ver los volantes de la falda inferior. Túnica de seda *pompadour* cortada á picos en sentido inverso que la falda. Cuerpo-blusa sujeto por un cuerpo *Médicis* de raso abrochado por delante con trencillas. Debajo del pico de este cuerpo, salen dos bandas de raso que se atan por detrás levantando la túnica por los costados y formando el *puf* por detrás. Cuello oficial de raso y chorrera de encaje.

28. Traje de paseo y visita.—Falda de *otomana* color cuero. Volante plegado fino sobre el cual van puestos de trecho en trecho ricos adornos de felpa. Túnica larga de raso rojo oscuro levantada por los dos lados de detrás con dos ricas hebillas de plata. Cuerpo muy ajustado y charreteras plegadas de rica felpa: igual adorno en las mangas.

FIGURÍN ILUMINADO.

Trajes de comida.

1.º Falda de raso azul pálido, bordada de flores de colores: por alajo, va guarnecida con un volante de *otomana* azul pálido, á picos, sobre un plegado de raso azul pálido: *puf* y *draperie* de la túnica de *otomana* azul pálido. Cuerpo con puntas, de la misma tela, con mangas cortas huecas, guarnecidas de un encaje y de un lazo de raso. Pechera de encaje blanco *Fedora*, drapeada sobre la falda de raso y sujeta al lado del *puf* por una escarapela de raso azul. Un doble bullón adornado de lazos de raso guarnece todo el delantero del cuerpo.

2.º Traje de terciopelo de realce color rojo. Este traje se abre sobre un delantal bullonado de gasa color paja. Polonesa de raso rojo, guarnecida de una vuelta de encaje blanco. El cuerpo abierto en punta adornado de una tira estrecha de terciopelo de realce con peto de gasa, paja, y una rama de rosas encarnadas y amarillas. Adorno de mangas *mosquetero*, de encaje blanco.

UN RECUERDO DE MIS VIAJES.

ASCENSIÓN AL VOLCÁN EL TEIDE.



D ESEANDO conocer las Canarias, al emprender mi segundo viaje á América, me detuve en dichas islas, visitando primeramente la de Tenerife.

A cuarenta leguas de distancia se divisa el majestuoso volcán «El Teide» conocido vulgarmente por el Pico de Tenerife y su blanca cúspide sirve de guía á los navegantes que desde Europa y África se dirigen á las Américas.

Después de haber visitado las bellezas que la naturaleza vertió á manos llenas en esa isla privilegiada y de la cual me propongo hacer revista minuciosa, quise subir á la cúspide del majestuoso volcán.

Se me demostraron las grandes dificultades que ofrecen ascensiones de esta especie, pero nada enfrió mi deseo, y los amigos que deseaban acompañarme se apresuraron á vencer todos los obstáculos y gracias á sus finas atenciones, en tres días, trajes, calzado y demás aprestos nos permitieron emprender el viaje, dirigiéndonos á la villa de la Orotava que dista seis leguas de Santa Cruz.

No recuerdo que hasta hoy, expediciones arriesga-

das como la que íbamos á emprender, hayan sido tratadas *artísticamente*.

Citas se han dado en aquellas alturas, los principales sabios del mundo para estudiar la formación geológica de sus terrenos, sus piedras, sus cristalizaciones y sus vapores sulfurosos... Pero como yo no tengo la pretensión de ser una máquina de hipótesis y teorías, una biblioteca científica, ni un botánico consumado, diré, de la manera como subimos y como bajamos, mis impresiones al encontrarme sobre el colosal Pico, y si bien la ciencia nada ganará con mi descripción, los amigos que lean este relato sonreirán alguna que otra vez, considerando los esfuerzos de mi cabeza catalana para llegar á la cima del volcán, y conociendo los diferentes episodios á que esto dió lugar.

Me parece oportuno antes de empezar la relación de nuestro viaje dar una idea de quienes eran mis compañeros de expedición.

D. Nicolás Salas, uno de los caballeros más respetables de Tenerife, comerciante acaudalado, y esposo de la andaluza más linda y graciosa que crió Cádiz, el cual obtuvo el título de presidente de la caravana.

D. José Benedicto, contador de marina, artista de corazón y de hecho, andaluz, enamorado y formándose ilusiones sobre el discurso que preparaba para el momento de saludar á España desde la cumbre del Teide, á quien se nombró Director artístico.

D. Patricio Estebanéz, escritor distinguido, y novio de todas las niñas de la Isle, con el cargo de cronista de la expedición.

D. Manuel Quintero, caballero apreciableísimo, nos hizo de secretario.

D. Juan García y Llareña, hijo de una de las primeras familias de la Orotava, joven abogado y buen jinete, fué nombrado mi escudero.

D. Bernardino Valle, director de la orquesta de la Sociedad filarmónica de Gran Canaria, joven de gran talento en el arte musical, pero sin práctica en el manejo de caballo ni rocín, tuvo á su cargo la dirección del coro que en acción de gracias teníamos que cantar á la salida del sol, sentados en la peña más alta del Teide.

D. Ignacio Díaz, joven, elegante y distinguido, hijo de la Gran Canaria, fué nuestro tesorero.

D. Urbano Cabrera, hijo también de Gran Canaria, poeta por naturaleza y estudio, con ideas sublimes sobre la religión y profundo respeto á la mujer por considerarla la obra más perfecta de la creación, recibió el título de orador sagrado.

Y mi mamá el de cocinera y repostera de la caravana.

A las cuatro del día 2 de Agosto de 1880, el Capitán general D. Valeriano Weyler y su angelical esposa mi linda amiga Teresa, nos tenían preparada una comida exquisita como bálsamo para tan fatigosa expedición y á las ocho de la noche, D. Nicolás Salas, vino á buscarnos en su elegante dokar, tirado por briosos caballos y á escape tomamos el camino de la Orotava, punto de reunión de los expedicionarios.

El Sr. Fumagalli, propietario del hotel de su nombre, nos tenía ya preparados todos los pertrechos bucólicos y las cabalgaduras necesarias para la ascensión, pues realmente desde este delicioso valle, patria de D. Juan y D. Tomás de Iriarte, es de donde se levanta el gigantesco Pico.

ESMERALDA CERVANTES.

(Se continuará).

A AMALIA.

Arroyo cristalino que entre flores resbala en dulce calma, era el amor sin dudas ni temores que germinó en tu alma.

Torrente cuya rápida carrera los diques desafía, fué el amor que robó por vez primera la paz del alma mía.

De arroyos y torrentes los cristales morirán en el río, y sólo de la muerte en los umbrales tu amor y el amor mío!

CARLOS CANO.



4.—Traje con cuerpo á paniers.



5 á 10.—Peinados y adornos de cuerpo para trajes de soirée y de teatro.

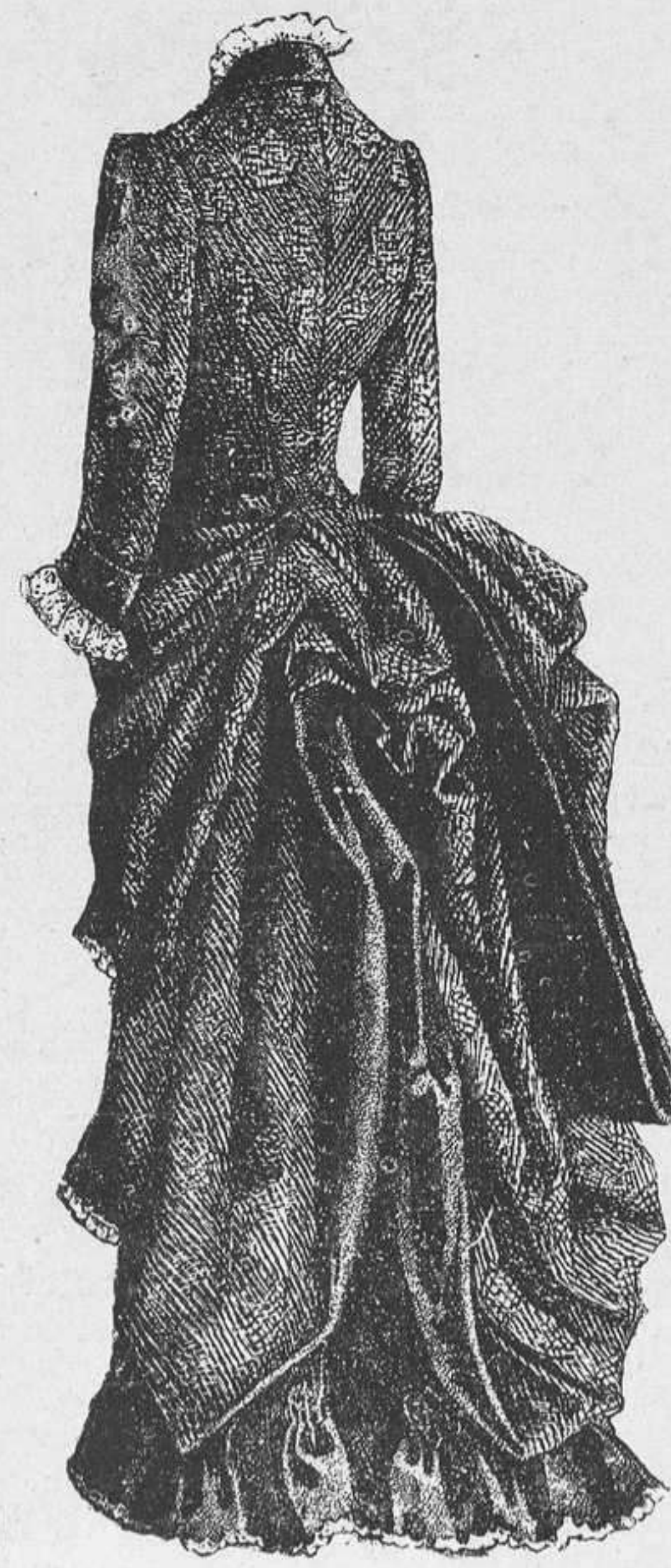


11.—Traje con peragrino: de encaje.



12.—Traje con cuerpo chaqueta.

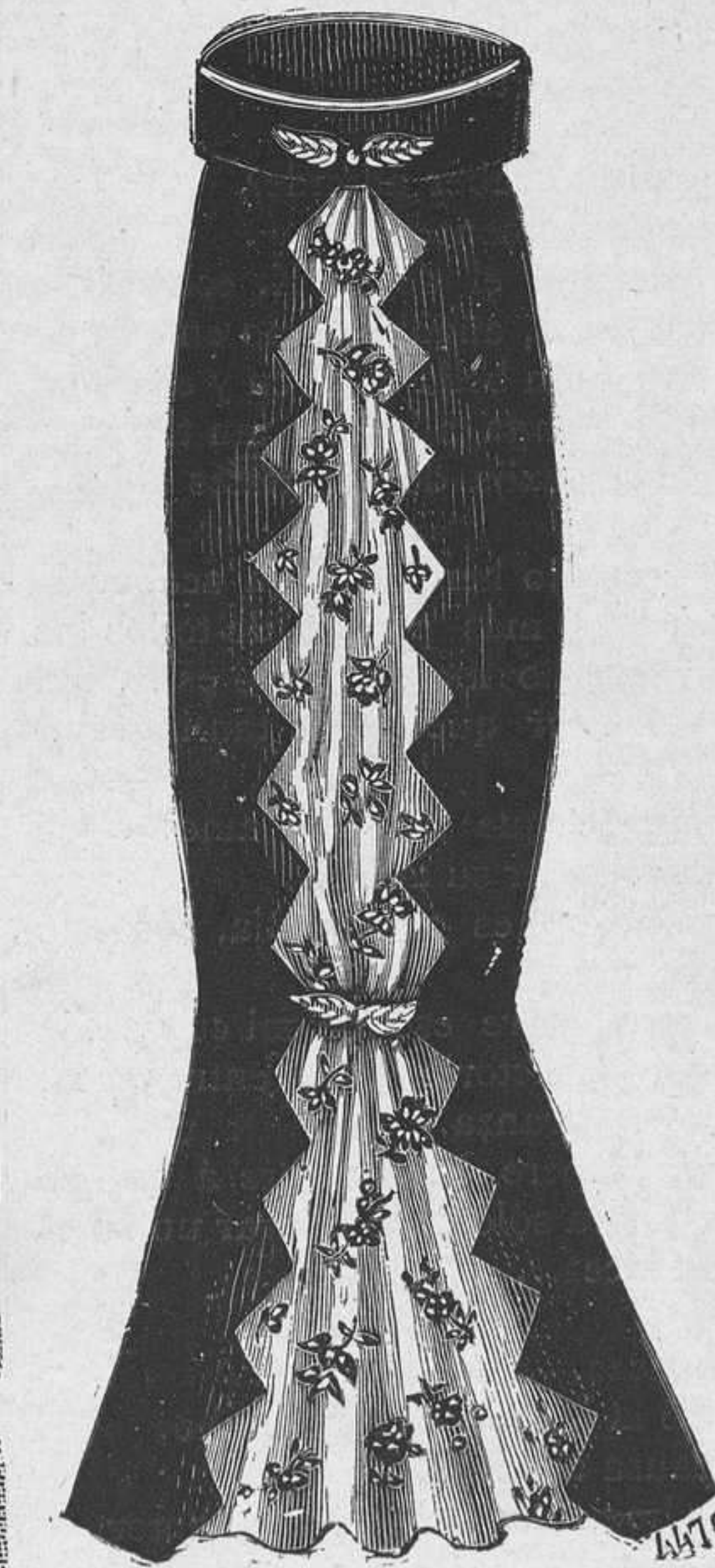
13.—Traje con Redingot.



14.—Espalda del figurin núm. 15.



15 á 18.—Trajes de soirée y de teatro.



19.—Plastrón chaleco movable.



20 y 21.—Dos t: ajes de soirée.

—¡Ah! sí... Pero es un asunto atroz. No me gusta.

El pintor le indicó otro lienzo, pero en silencio ya. El barón lo miró ligeramente, aplicando á este como á los otros su concluyente fallo. Sólo se detuvo con cierta fruición ante una Venus, aunque desechándola también por el pudor de la condesa.

Diremos, empero, que el excomulgado crítico no daba á sus fallos la mala intención del ultraje, bien que el menosprecio de todo fuera condición de su carácter supremo, por decirlo así. El nobilísimo título era profano en el arte y sólo sabía que una pintura no es más que un lienzo ó trapo pintado, teñido con varios colores: la inspiración no era un color para él, con ser la luz de todos los colores. Tampoco miraba al pintor para poder apreciar el efecto de sus crueles palabras.

De uno en otro cuadro llegó, por fin, al que entre todos resaltaba por su ejecución y asunto, y el profano, hereje y aún judío barón de la K. hubo de aplicarle el mismo fallo.

—No me gusta, dijo friamente.

—¡Mi Ascensión! exclamó el artista en són de escándalo.

—No, no me gusta.

—Pero acabemos: *no me gusta* ¿quiere decir *no lo entiendo*?

El barón miró ahora al artista, cuyos ojos fulminaban rayos de justa indignación; y tomando por ofensa la defensa, aún hubo de llevar mucho más allá su crueldad, diciendo intencionadamente ya:

—Quiere decir que es una aleluya.

—¡Ah! exclamó el noble artista ultrajado, crispándose en doloroso despecho.

El barón se irguió entonces hasta perder el equilibrio por la espalda, y mirando al pintor allá en lo hondo esperó subido en el monte de su orgullo.

Pero en vano esperó, si esperaba por parte del genio una hostilidad de fuerza bruta.

Edmundo se cubrió el rostro con las manos y se dejó caer con angustia en una silla.

Muy luego volvió á oír el són duro y pausado de los tacones nuevos, pero ya en inversa dirección.

El barón se retiraba en silencio.

II.

Pasó un prolongado espacio en un silencio de respirable pena. Pero el ambiente olía y la luz del sol besaba.

Edmundo había desahogado su pecho llorando, y el Cristo de su Ascensión hablaba en aquel silencio.

El artista levantó, en fin, la cabeza y mirando su obra se sonrió de una manera indescriptible.

¿Comprendéis el valor de una sonrisa empapada en lágrimas sobre una humillación inmerecida?

Edmundo se levantó después y acercándose al cuadro de la luz, á su Ascensión, á su Cristo, permaneció contemplándolo un gran rato. Hubiérase dicho que se comunicaban, que se entendían, mirándose los dos.

Y en efecto, allí no estaba ya el pintor, sino el creyente.

Y el creyente oraba.

—Señor, decía, ten piedad de mí, siquiera por mi madre, vieja, enferma, pobre.

—¡Esperanza! contestó una voz dulce y serena. Edmundo tendió los brazos en dirección de aquella voz divina.

Otros brazos se enlazaron á los suyos.

Eran los brazos de su madre.

—Madre mía, estoy humillado.

—Alza, alza la frente, hijo mío.

—¿No es verdad que mi Ascensión no es una aleluya?

—Tu Ascensión será tu gloria y tu premio. ¡Esperanza!

El hijo besó la frente de la madre, y luego quedó otra vez solo.

—¡Una aleluya! decía contemplando su cuadro. Pero ese hombre no ve... En cambio mira de un modo... No parece sino que lleva la cabeza en el Olimpo... en el Olimpo no á fe; pero tiene los ojos á la altura de un caballo, de un camello, de un... diablo que se lo lleve... *¡No me gusta!* ¿Qué te ha de gustar á tí sinó manejar el sable? ¡El barón de la K! He leído este título en la historia... en la historia de la última guerra de Polonia... Sí, será general... ó sargento. ¡Una aleluya! ¡Ah! No han de verte ya más ojos profanos.

Y esto diciendo tomó una tupida gasa y atándola bien al marco, dejó velada su obra maestra.

III.

Trasladémonos ahora á un lujoso estrado para seguir el hilo de esta historia.

Hay en él dos personajes frente á frente en sendas muelles butacas: uno es la señora de casa; otro un señorón que la enamora ó que está enamorado de ella, lo cual no es ya lo mismo, y hay que tenerlo en cuenta para el desenlace.

La dama es por demás interesante: descollada y esbelta de estatura; ligera de formas, pero muy bien contorneada; de fisonomía inteligente, expresiva, simpática, de modo que sin ser una belleza plástica, gusta como quien reúne toda la gracia ó fascinación ó alma de esas morenas de ojos grandes y ardientes que sojuzgan y avasallan; de conversación amena y seductora, la condesa, que eso es la interesante dama, frisa ya en los treinta años, y su traje es tan sencillo como elegante.

El señorón es antipático por más que perpetúe ahora á lo menos su sonrisa para hacerse amable. Procura hábilmente esquivar detalles de historia que puedan revelar sus años de edad; pero los detalles de su cara, mal que le pese, ya marchita, descubren este secreto arrojándolo, quieras que no, á los cincuenta.

Viste de seda y oro desde la cabeza hasta los pies y se advierte con lástima que no se mueve libremente, que casi no se mueve por temor de derramarse.

Con esto, no hay ya que despejar la incógnita: la X es K.

—Ayer tarde, bella condesa, dijo el barón, tuve el sentimiento de no reconocer su coche, y á fe que uno por uno fui reparando en todos los del paseo.

—No estuve al fin, contestó la condesa indiferente.

—Entonces ¿cómo había de encontrar á V? Me echó en olvido, sin duda, pues me prometió V. ir.

—Le dije que iría sin prometerle nada.

—Sí, pero...

—Las cosas en su punto, amigo barón.

—Así me gustan á mí, y por eso, creyendo que V. me lo había prometido... En fin, no tengo nada que decir... Pero ¿podría saber qué causa lo impidió?

—Un ataque de... de *spleen*, contestó la condesa sonriendo.

—*Spleen* es fastidio.

—Justamente.

—Pues era un motivo para buscar fuera de casa objetos que la distrajeran.

—No crea V. que me quedé aquí.

—¡Ah! ¿Fue V. á otra parte?

—Sí.

—¿Y me sería permitido saber adónde?

—¿Por qué no? Fui al cementerio.

—¡Qué horror! exclamó el de la K. echándose atrás de súbito. ¿Es posible, añadió como en són de reproche, que una dama tan bella y joven y elegante como la condesa de N. tenga aficiones tan téticas?

—Mi estado de viudez exige de mí tristes obligaciones.

—¡Bah! Exige un remedio heroico para acabar de una vez con ese *spleen*, el más pesado de todos los fastidios por ser un fastidio inglés. Pero es V. tan ingrata como bella y... ¿Por qué es V. tan ingrata?

—¿Ingrata soy?

—A lo menos conmigo, que tanto la amo. ¿Qué puedo hacer yo para merecer su amor?

—Eso, amigo barón, no es cuenta mía, contestó la condesa de buen humor.

—Es verdad. Y pues corre eso de mi cuenta, la juro que he de merecer la victoria. Pero entre tanto, aliente V. siquiera mi esperanza.

—En hora buena: espere V... espere á que yo pueda amar, porque ahora sólo debo honrar una memoria sagrada, y entonces...

—¿Me amará V?

—Lo pensaré entonces.

El barón se mordió la lengua con despecho.

Después de una pausa añadió:

—Es que hoy por hoy nada le inspira mi amor.

—Me inspira gratitud.

—¿Gratitud no más?

—¿Qué más quiere V., barón?

—Yo hubiera querido...

—Señora, el coche, anunció un lacayo desde la puerta.

El barón y la condesa se levantaron casi á la vez.

—Me permitirá V. el honor de acompañarla.

—¿Hasta el coche? Sí, con mucho gusto.

Y la condesa aceptó el brazo del barón, quien muy luego vió partir el coche quedando solo en la calle.

Después de alguna vacilación, siguió á pié la misma dirección del coche.

IV.

La casa á cuya puerta paró el carruaje es la del pintor Edmundo.

A su habitación ha subido la joven condesa y está ya en sabrosa plática con una anciana venerable, sentadas las dos en un canapé de enca, viejo y mezuquino, pero limpio.

El tema de la conversación es Edmundo, ausente de casa á la sazón.

La condesa lo conoce ya, aunque no lo ha visto nunca; se lo ha retratado su madre, mojado el pincel de sus elogios en lágrimas de ternura.

Sabe, pues, que es buen hijo; que ama, pero sólo su arte, del que es su madre la musa inspiradora; que es pobre, muy pobre, pero honrado á prueba de tentaciones; y joven y fino y muy gentil de su persona.

Y como la virtud es tan simpática, la condesa siente ya simpatía por el hijo y por la madre.

Un joven entró luego inclinándose profundamente ante la dama.

—Adios, Edmundo, dijo la condesa devolviéndole el saludo con toda esta llaneza.

—¿Lo ha conocido V., señora? dijo á su vez la madre.

—Me lo había figurado tal como es.

—Hijo mío, esta amable señora...

Y la anciana se detuvo mirando á la condesa como exigiendo su gracia.

—Marieta, dijo simplemente la condesa.

La anciana decoró el nombre con cierto respeto diciendo:

—La señora doña María desea ver y acaso comprar alguno de tus cuadros.

—Sírvese V. pasar, señora, dijo el pintor indicándole la inmediata puerta de su estudio.

La condesa entró aceptando el brazo de Edmundo.

Miró en conjunto los cuadros, miró en silencio al pintor, volvió á mirar más los cuadros y más aún al pintor.

El humillado artista levantó entonces la frente como si no recordara ya el agravio.

Rompiendo ya el silencio Marieta, le preguntó con extrañeza.

—Pero ¿cómo los tenéis aquí escondidos?

—No hay quien los quiera ver, señora, contestó Edmundo con pena.

—¿Pero no hay exposiciones en el mundo?

—Soy muy modesto yo para atreverme á ese alarde.

—Me alegre, y perdone V. mi egoísmo; me alegre porque así tendré yo donde escojer.

Y la condesa se puso ahora á examinarlos uno á uno, sin necesidad de cicerone, haciendo en alta voz su favorable crítica, como si llevara la misión de desagrarar al deprimido artista.

—*Francesca di Rimini*, dijo reconociendo desde luego el asunto del primer cuadro. ¡Qué fantástica vuela entre esas sombras de infierno, atmósfera de pena que se respira con ella! Esa figura es un canto, un suspiro que se pierde. Y sin embargo ha sorprendido V. el suspiro, lo ha pintado! ¡Hermosa fantasía! Pintor este cuadro es ya mío.

El pintor fué á dar las gracias, y no pudo proferir una palabra. Tenía un nudo en la garganta.

—*La Magdalena*, dijo Marieta pasando al segundo lienzo. ¡Bien!.. ¡Muy bien! No puede ya destilar más amargura un corazón arrepentido, ni asomarse más clara á los ojos la luz de la esperanza divina. ¡Qué elocuencia de expresión hay en esos ojos y en esos labios y en toda esa actitud! ¡Qué lágrimas! Se ven, se ven correr esas lágrimas, correr y evaporarse al calor de esas mejillas. Se siente también la plegaria en esos labios entreabiertos y el doloroso latir de ese seno golpeado por una mano, que vale por una cabeza del Correggio... Yo, Edmundo, hubiera velado más ese escándalo de carnes; pero ya así, es un escándalo divino. Al cabo, al cabo, hay mucha verdad en ese abandono de ropas en armonía con el dolor supremo de piadosa genuflexión ¡Qué genuflexión y qué paños! Si esa figura está viva. Mío, mío es ya también ese liezo.

El artista se enjugó furtivamente los ojos sin poder hablar todavía.

La condesa pasó á ver otro cuadro.

—*La muerte de César*. Sí, César es: reconoce entre sus agresores á su propio hijo y se deja ya matar sin defenderse. *¡Tú también, Bruto!* Es el momento del arte asunto difícil, pero muy bien comprendido y mejor ejecutado. Todo es admirable en este cuadro: la

composición, las figuras, la expresión, el movimiento, las ropas, las tintas, y algo que es nada y lo abri-llanta todo sin embargo: es la vaguedad de un ósculo, el ósculo del genio y de la inspiración. Pintor, este cuadro es también mío.

El pintor no habló todavía; pero se llevó la mano al pecho y la retuvo allí apretada como para aquietar algo que le saltaba dentro.

—*Venus*, dijo la condesa examinando otro cuadro. Hé aquí un primor de fantasía. ¡Cómo nace de la espuma y se encarna y anima esta mujer bellísima! ¡Qué morbidez y qué gracia en todos sus contornos! Diríase que no la tocó el pincel, sino que nació, que está naciendo ella misma. ¡Qué mujer! Aman todas sus formas ¿no es verdad? Tienta esa mirada y seduce esa sonrisa ¿no es verdad? Es el amor pagano. No me gusta el asunto: pero la ejecución es magistral. Así se pinta, Edmundo.

Edmundo agitó la frente como si sacudiera un letargo, sin poder romper aún el nudo de su garganta.

CECILIO NAVARRO.

(Concluirá.)

EL PECADO DE MAGDALENA

(CONTINUACIÓN).

—¿Por qué volvéis la cabeza? dijo, ¿por qué me ocultáis vuestro llanto? ¿De qué sirve continuar engañándonos uno á otro? ¡Ah! cuánto valor habéis tenido! Por qué pues no habéis hablado antes de que todo fuera irreparable? Hubiéramos sido tan dichosos!... Os hubiera amado tanto!.. Si hubieseis sabido cuanto os amaba, no os hubierais atrevido á hacer lo que habéis hecho. ¡Ah! cruel y adorada Magdalena, ¿á qué divinidad desconocida habéis sacrificado mi vida y la vuestra? Qué falsa grandeza os ha seducido?

Se había dejado deslizar á mis piés. Pero, yo lloraba; las lágrimas manaban de mis ojos sin causar sacudimiento, como procedentes de un manantial demasiado lleno, y caían gota á gota sobre sus cabellos.

—Cuando pienso, continuó, que vais á partir, que no os volveré á ver, y que al abismo que nos separa vais á añadir el suplicio de la ausencia, casi me siento inclinado á maldeciros.... El día en que me dijisteis que amabais á otro, creí que no volvería á sentir en toda mi vida un sufrimiento igual; pero me equivoqué. A medida que se ha ido haciendo la luz, cuando palabras sueltas, escapadas durante el delirio, que para nadie tenían sentido más que para mí, me han puesto sobre la pista de vuestra heroica locura, y más tarde cuando he visto que los pesares marchitaban vuestra belleza, cuando me han sido reveladas vuestra grandeza y vuestra debilidad, entonces, Magdalena, ha sido cuando he aprendido á saber lo que es sufrir. He debido callar, he procurado dominar mi desesperación, el cielo es testigo de que quería ser digno de vos. ... si hablo en este momento, Magdalena, es porque mis fuerzas me han hecho traición, mi valor ha decaído como el vuestro. Os adoro, y voy á perderos.... Ah! dejemos que una vez tan sólo nuestros corazones y nuestras lágrimas se confundan.... Magdalena, no es cierto que me habéis querido mucho?

—¡Roberto, por piedad! exclamé dolorosamente, soy co-barde; pero no hagáis de mi debilidad un arma para arrebatar-me lo poco que me resta de mi propia estimación. Dejadme abandonar esta casa sin remordimientos. Que el recuerdo de este momento no se interponga un día entre Luisa y yo!.. Apelo á vuestro honor....

Yo quería desprenderme de sus brazos, pero él me retenía fuertemente. No me rechazéis, decía él, mi respeto hacia vos es profundo. ¿He pronunciado acaso alguna palabra que haya podido ofenderos? ¿No me he violentado á cada minuto? No ha sido fría mi mirada, indiferente mi sonrisa, hasta el punto de que habéis sentido celos, pobre niña? Ah! no lo neguéis, lo he leído todo hora por hora, lo he entendido todo suspiro por suspiro, y cada día me habéis sido más cara.... Dejadme que permanezca un momento á vuestros piés; no me envidiéis esta triste y última dicha, la única que podéis concederme, la única que quiero pedir.

—¡Roberto, en nombre del cielo, dejadme! ¿No oís pasos? Ahí en el terrado hay alguien....

Yo me había levantado, pálida de espanto, porque había creído percibir un ligero ruido como el magullamiento de ramas cerca de la ventana y me había parecido que se dibujaba una sombra en la cortina.

—No hay nadie, os engañáis, dijo Roberto obligándome á que me sentase de nuevo.

—Sin embargo, yo he oído algo, repetí con terror. ¡Si fuese Luisa, Dios mío! ó siquiera algún criado!...

—¡Querida loca! como tembláis! dijo después de haber dirigido una ojeada al terrado para tranquilizarme.—¿Qué mal creéis haber hecho? Vuestra alma está pura como el cielo.

—Estabais á mis piés, Roberto!....

—¿Que temeis pues? A esta hora no hay nunca nadie por este lado del castillo. Vamos, sonreíos, esa mirada extraviada me causa mucha pena. ¿No habéis pensado, Magdalena, en que vendrá un día en que podremos volver á

vernos sin peligro, en que nuestros corazones habrán envejecido? Decidme, ¿creéis que es posible? ¿Creéis verdaderamente que podamos jamás estrecharnos la mano sin estremecernos y contarnos uno á otro las borrascas de nuestra vida, como dos viajeros que se han salvado del naufragio? ¡Ah! vos no lo esperaréis, verdad, Magdalena? Y tenéis razón de huir de mí. Vivir uno al lado de otro sin pertenecerse, ¿puede ser esto? Lucharemos durante algún tiempo, y luego un día os cogeré en mis brazos, y os llevaré á mi país medio salvaje, yendo á ocultar mi felicidad en la más profunda de nuestras selvas.... ¡Ah! Magdalena, qué sueño! si fuera tiempo todavía!...

Continuó hablando así, tan pronto casi tranquilo, tan pronto arrastrado por su fogosa naturaleza, pero sumiso no obstante á nuestro rudo destino.

El día iba decayendo poco á poco, y llegó la hora de comer. Mi tío no había vuelto. Había salido tarde, á caballo, según nos dijo el ayuda de cámara, dejando encargado que no se le aguardara para comer, porque aquella misma noche tenía que terminar un asunto muy importante. Pedro no pudo decirnos hacia que lado se había dirigido, y nos causó alguna admiración ese negocio tan grave que le alejaba de nosotros tan inopinadamente.

Como es sabido, Luisa y Roberto partían aquella misma noche para París. Luisa estaba muy triste por no ver á su padre y abrazarle antes de salir de Ville-Ferny.

—Es preciso que haya sufrido un seria contrariedad, decía al subir al coche; cíñele fuertemente de parte mía.... Hasta mañana, Magdalena! añadió, al partir los caballos, echándome un beso con su blanca manecita. Pobre querida Luisa, poco se figuraba, ni yo tampoco lo creía, que nos habíamos abrazado por última vez, y que no debíamos volver á vernos!

La seguí largo rato con la vista, aun después de que el coche desapareciera en el recodo del parque; escuché largo rato el ruido de las ruedas y los pasos de los caballos, que se iban alejando poco á poco: el fresco y el silencio de la noche me advirtieron al fin que ya era hora de retirarme. Estuve aguardando á mi tío hasta una hora bastante adelantada, pero no volvió; esto me preocupó, aun cuando estuviese lejos de sospechar la catástrofe que su ausencia me preparaba. Cuando la fatiga me obligó á acostarme, recomendé á la camarera que me avisara en seguida que regresara mi tío. A poco me aletargué, y no sé si soñé ó si efectivamente le oí entrar; pero la realidad se confundió con el sueño y dormía yo tan profundamente que no conseguí despertarme. Dios me concedió esta tregua entre los dolores de lo pasado y el golpe que me esperaba al despertar.

VII.

Quando recuerdo lo que ocurrió después me siento desfallecer. Cuando pienso en lo que hubiera podido ser mi vida, si las cosas hubiesen marchado de otra manera, el arrebató y la desesperación casi ahogan mis remordimientos. Sí, en aquel momento todavía, lo confieso, mi corazón estaba puro á pesar de sus debilidades; yo no tenía fuerzas para luchar, es verdad, pero tenía voluntad firme para huir.

Quando abrí los ojos después de algunas horas de este tranquilo sueño que no conozco ya, los rayos del sol matinal se deslizaban en mi aposento al través de las cortinas; rumores vagos, esas idas y venidas discretas que anuncian el despertar de una casa, cuando los dueños duermen todavía, llegaban hasta mí, sin que yo procurase darme cuenta de ello; me esforce en prolongar ese semi-entorpecimiento bienhechor, entregándome á un último ensueño antes de confesarme á mi misma que había salido el sol, porque como hacía mucho tiempo que cada nuevo día era portador de tantas penas le temía instintivamente como un enemigo. De pronto me sacaron de mi somnolencia el ruido de un coche que rodaba sobre la arena y el paso de un caballo que se alejaba al trote. Salté de la cama y corrí á la ventana en el preciso momento en que desaparecía al revolver de una senda la jardinera que conducía á mi tío guiada por él mismo y Pedro su ayuda de cámara que iba a su lado. Aquello fué para mí como una vision rápida, y permanecí algún tiempo inmóvil, procurando en vano darme cuenta de aquella salida matinal. Finalmente toqué el timbre.—¿Mi tío ha salido? pregunté á la doncella.

—Sí, señorita, el señor ha dejado esta carta, y Pedro volverá en seguida á recibir vuestras órdenes.

La despedí con un ademán y sentándome en el borde de la cama, abrí la carta. Al verla arrojaron de ella algunos billetes de banco, que yo no ví sino algún tiempo después. Desde las primeras palabras, quedé como herida por un rayo, repitiendo cada frase sin llegar á comprender el sentido; lo que comprendí sin embargo que estaba perdida. Hé ahí la carta, tal como la cólera y la indignación la habían dictado á mi tío. La fecha era de la víspera:

«¡Lo sé todo, al fin lo he comprendido todo! Os he sorprendido hace poco en brazos de vuestro amante, y si no os he aplastado miserablemente en el acto á los dos, es porque al castigaros hubiera causado la muerte de Luisa. Sólo por ella respeto á vuestro cómplice, pero á vos, á quien quería como una hija y que hacéis traición á vuestra hermana, no quiero volveros á ver. ¿Era el capricho ó los remordimientos los que os decidían á ese largo viaje? ¿Estábais cansada de vuestro amante, ú os habeis avergonzado al fin de engañar á los que os amaban y se entregaban á vos sin desconfianza? ¡Ah! he visto ayer con mis propios ojos lo que no hubiera podido creer áun cuando el mundo entero se levantara á atestiguarlo...»

»Saldréis de Ville-Ferny esta misma mañana, y comu-

nicaréis á mi notario el lugar de vuestro retiro; él tendrá cuidado de que podáis vivir honradamente y al abrigo de toda necesidad si es posible; pero él solo, lo entendéis, debe saber lo que sea de vos. Que Luisa y Roberto lo ignoren siempre!.. Esto os lo exijo, Magdalena, en nombre de todo lo que debe seros sagrado, de la memoria de vuestra madre, vuestra inocente hermana, y un resto de honor, que sobreviva tal vez aún á vuestra caída.

Luis de Livoy.»

Y en *postdata* añadía:

«Evitad toda tentativa de justificación: debo preveniros que quemaré vuestras cartas sin abrirlas.»

(Se continuará.)

SECCIÓN RECREATIVA.

CHARADAS.

I.

Es mi *prima-cuarta*, *todo* y cuando lo *prima-dos* tanto *dos* y *cuarta-tercia* que á mi casa al fin volvió.

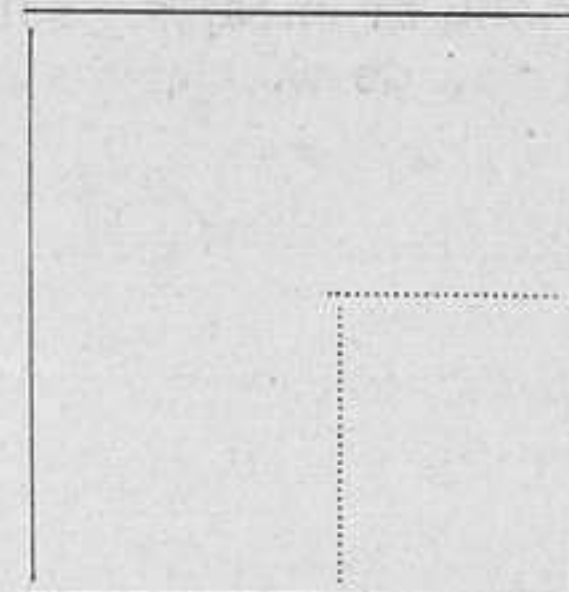
II.

Con *primera-tres-dos* se encuaderna; *cuatro-tres* el mal tiempo parece; *tercia-quinta* es sentido y *tres-quinta* las que en *todo* en bailar se divierten.

FUGA DE CONSONANTES.

.u e.e., .u.e., u. .a.a.
.a.a.e.e.e .e .e.o.u.a
ia. .e .i! .i .o. .u .a.
.o.e e. .o..e e. .u .o.u.a
.u .i.e.io.o .i..a.

PROBLEMA.



A un papel cuadrado de cualquier tamaño se le quita la cuarta parte en la forma marcada por la línea de puntos y del resto se han de hacer cuatro partes perfectamente iguales.

SOLUCIONES

correspondientes al número 18 del 15 de Febrero 1884.

CHARADAS.

Cariñosa.—*Casimira*.

FUGA DE VOCALES.

Casi mi razón llevo á perder si miro la expresión angelical que en su *primera cuarta* podréis ver. *Segunda*, lo aseguro, es musical y el *todo*, ya os lo dije, es de mujer un nombre que podéis unificar.

FUGA DE CONSONANTES..

Poco ó nada á una mujer ignorante, se le escapa ¿á dónde no llegarían las mujeres si estudiaran?

ROMPE CABEZAS.

Martina Castells.

De—M—étria.
Jo—A—quina.
Co—R—nelia.
Ma—T—ea.
Pr—I—mitiva.
Ig—N—acia.
Be—A—triz.
Ce—C—ilia.
Ol—A—ya.
Ca—S—ilda.
Pa—T—ricia.
In—E—s.
Po—Ll—ita.
Jo—S—efa.

Han acertado todas las soluciones D.^a Aurelia Casamayor, D.^a Gloria Fuster, D.^a Dolores Rica, D.^a Adriana G. de Granés y D.^a Paula Cortés.

La 1.^a y 2.^a charadas y rompe cabezas, D.^a María Jamar, D.^a María López Marín y D.^a Dolores Pérez Blanco, viuda de Hilla.

Las dos charadas y fuga de consonantes, D.^a Margarita Vázquez.

La 1.^a charada, fuga de consonantes y rompe cabezas, D.^a María Carvajal.

La 1.^a y 2.^a charadas, D.^a Elvira Mendoza de Bortolla.

La 1.^a charada, D.^a Carmen Torres.

Ha correspondido el premio perteneciente al mes de Febrero á D.^a Aurelia Casamayor, el cual consiste en un tomo de poesías elegantemente encuadernado.

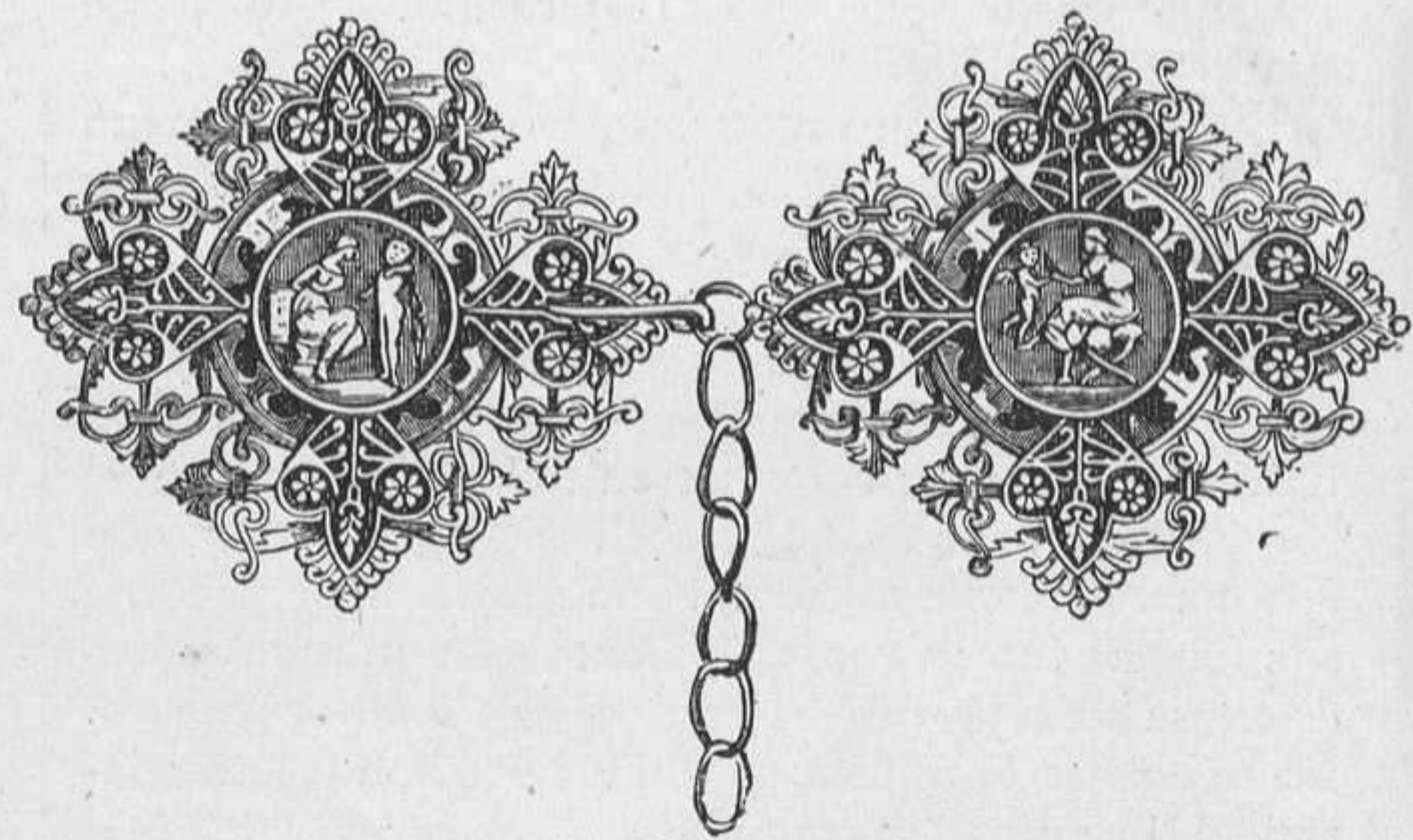
Barcelona: Imprenta de Luis Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23.



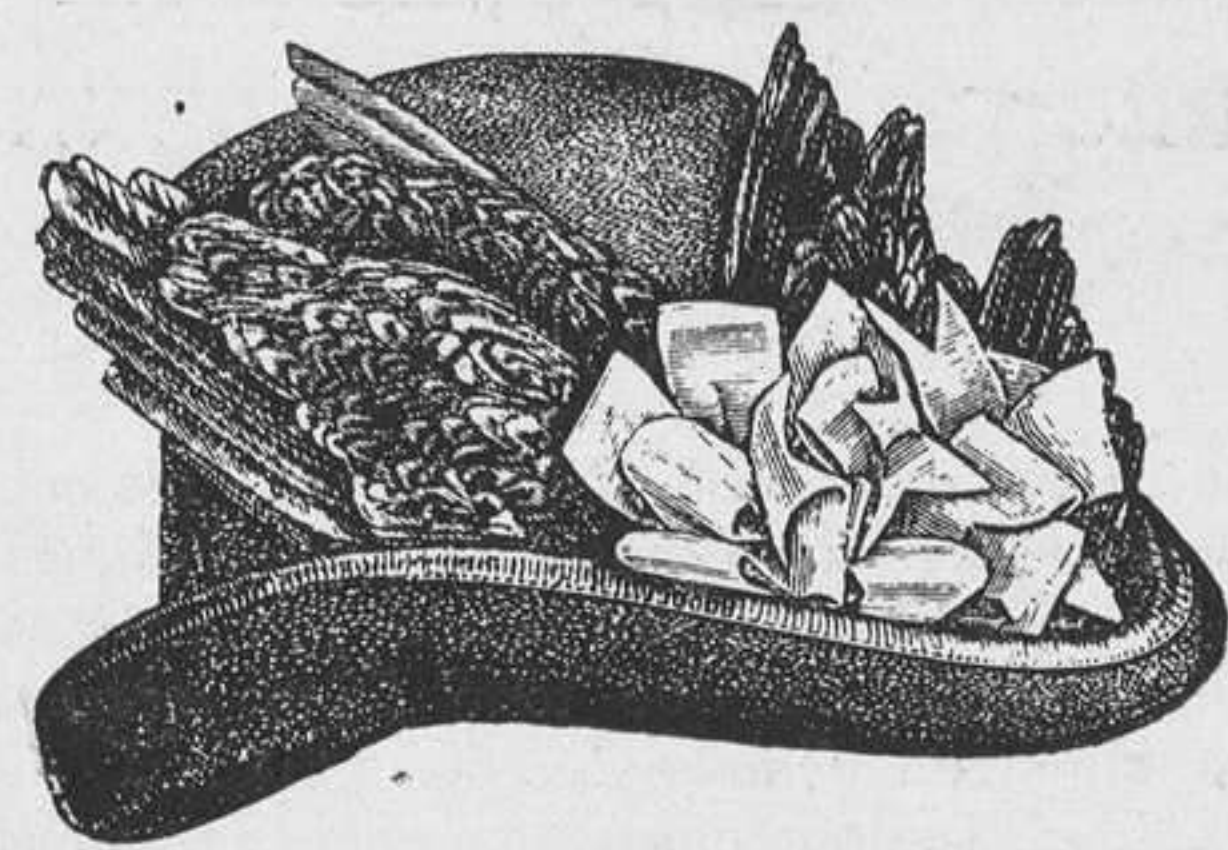
22.—Fichú de encajes y surah rosa.



23 y 24.—Trajes para niñas de 6 á 9 años.



25.—Broche de oro y esmalte con camafeos.



26 —Sombrero Cazador de fieltro con dobles alas y moña de lazos de cinta.



27.—Traje de paseo.



28.—Traje de paseo y visita.